

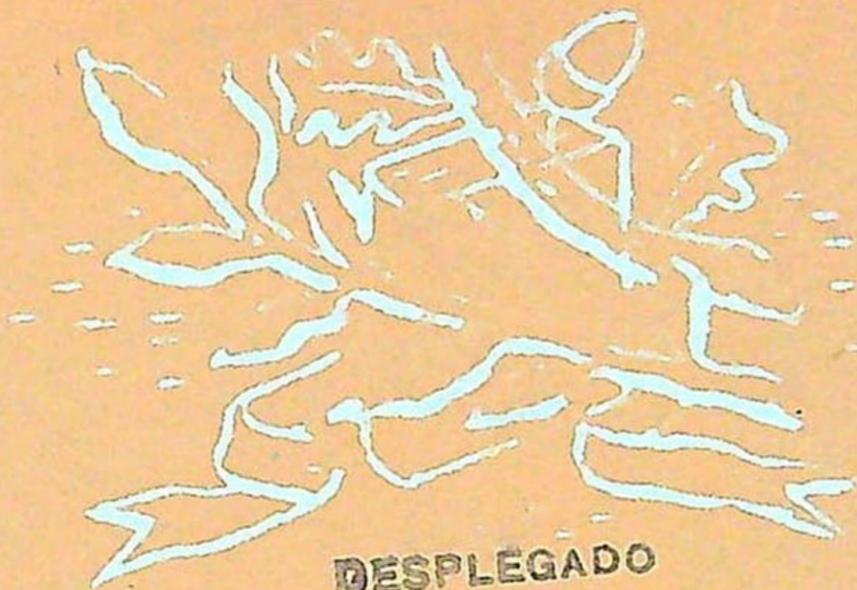
DESPLEGADO

CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



DESPLEGADO

SUMARIO



LUIS REISSIG: Colegio Libre, 1946. — RICARDO M. ORTIZ: La economía y la hora actual. — JORGE THENON: Perspectivas de la cultura superior. — HOMERO B. DE MAGALHAES: El trigo en el intercambio Argentino-Brasileño. Necesidad de una solución de fondo. — FRANCISCO AYALA: Dos discusiones sobre método sociológico. — VIDA DEL COLEGIO. JOSE FERRATER MORA: Joaquín Xirau.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

AÑO XV
Volumen XXIX
Número 171

DESPLEGADO

J U N I O
1 9 4 6
BUENOS AIRES

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— — NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

DIRECCION Y ADMINISTRACION: CANGALLO 1372—U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES - ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

CHARLES W. MORRIS: Los signos y las situaciones conductistas. — CHARLES W. MORRIS: ¿Frustrados o Libres? — VICENTE FATONE: Drama y danza. — FRANCISCO ROMERO: Las ideas de Rivadavia. — FRANCISCO ROMERO: Influencia del descubrimiento de América en las ideas generales. — VIDA DEL COLEGIO. — PEDRO HENRIQUEZ UREÑA. — BIBLIOGRAFIA.

AÑO XV

Volumen XXIX

Número 171

C U R S O S
Y
C O N F E R E N C I A S

J U N I O

D E 1 9 4 6

BUENOS AIRES

Colegio Libre, 1946

Por LUIS REISSIG

El 28 de setiembre de 1945, en acto de solidaridad con rectores, decanos y profesores universitarios detenidos por causas políticas, el Colegio Libre decidió suspender sus actividades docentes. Con ello reafirmaba, de manera inequívoca, que nada del país le era extraño, y que entendía la cultura como inseparable del sistema de relaciones sociales y políticas del medio en que ella se manifiesta; que no hay progreso cultural si al mismo tiempo no hay progreso en esas relaciones, y que no hay profesor libre si no hay ciudadano libre.

Ese fué el sentido del acto de setiembre.

¿Por qué reabrimos hoy las puertas? ¿Pensamos de distinta manera? No; pensamos lo mismo, pero actuamos de distinta manera. El acto de setiembre, que formó parte del sistema de relaciones cívicas y políticas a que el Colegio adhería, no puede ser idéntico al acto de este mes de mayo, porque las condiciones en que actúan esas relaciones han cambiado. En aquel entonces vivíamos el periodo eufórico de la resistencia. La resistencia era la más alta consigna de los vencidos transitoriamente; era la lección atenuada de decenas y centenas de miles que no sabían ni podían hacer otra

cosa que resistir. Para nuestro caso, era la lección, a la distancia, de la intelectualidad esclarecida de todo el mundo. Pero el 24 de Febrero es una fecha que no puede borrarse a capricho de nuestra vida institucional. Lo ocurrido entonces y desde entonces modifica completamente el campo de nuestra acción. ¿Vamos a limitarnos a seguir invocando la democracia, la constitución, la justicia, la libertad, olvidando de poner el énfasis y todo nuestro aliento en trabajar en cosas concretas que hagan posible esa misma democracia, esa constitución, esa justicia y esa libertad?

Hay que ajustarse siempre a las condiciones presentes y no a las condiciones pasadas. Las condiciones presentes nos dicen que no hay que conformarse con descargar en las columnas de los periódicos todo nuestro esfuerzo. Seamos afirmativos, pero sobrios en materia de declaraciones. La declaración debe ser una parte de nuestro trabajo: lo indispensable para hacer saber nuestra posición afirmativa; lo que más vale en el orden cultural es la obra paciente del estudio de los problemas y de la afirmación de esos problemas. No estamos ahora en el período de la resistencia, período de línea defensiva y de trincheras. Es fundamental y urgente plantear y dar soluciones a problemas que el país tiene por delante. No es de ahora que el Colegio Libre viene machacando sobre esta función de la cultura. Lo ha dicho en todos los tonos. Se ha perdido mucho tiempo en labores puramente individuales, cuando no personalísimas. No se ha querido ver o no se ha podido ver que el primer problema cultural que se tenía por delante era el de la construcción nacional y no el progreso preferente de las disciplinas particulares. La construcción nacional dentro de un sistema democrático internacional. Esto exige que cada hombre como cada sector trabajen orientados por un objetivo coincidente. Es lo que se llama establecer una política cultural; una política, en suma. Mucha cultura política es lo que se necesita. Porque no se la tiene es por lo que se fluctúa tanto y se vive de vaivén en vaivén. Sin cultura política aliada o vinculada a cada rama del saber, se vive sin estructura dentro de una comunidad. El Colegio Libre piensa sobre todo en la comunidad, en el servicio que pueda prestar al pueblo y al país. Y porque quiere vivir con una estructura tiene también su rostro. Es importante para una institución cultural, como para todo hombre, tener un rostro. En él se refleja lo que la institución

y el hombre llevan por dentro. Por haberlo entendido así siempre, lo que somos está en nuestra cara.

El Colegio Libre entiende que los hombres y mujeres de estudio de la Argentina que estén interesados en su progreso democrático y a la vez cultural, social, económico, político, etc., deben formar grupos para el examen de los problemas vinculados a ese progreso. Hay que estudiar de firme las reformas que mejor sirvan los intereses del pueblo. Cualquier reforma que se estudie: educativa, económica, jurídica, deberá ceñirse a una línea democrática y popular muy neta. No podríamos, por ejemplo, estudiar una reforma educativa para clases privilegiadas, ni una reforma agraria para latifundistas. Estos dos ejemplos son muy claros, pero no todas las reformas ofrecen ejemplos tan claros. Por eso es indispensable determinar primero a quién van a servir las reformas, es decir, cuál es la línea política de esas reformas. La línea política es lo principal, no la reforma como solución técnica. Esto hay que señalarlo muy bien a los hombres de estudio poco acostumbrados a distinguir los móviles políticos de las proposiciones técnicas.

La formación de grupos de estudio debe hacerse primero para las reformas más urgentes, las que primero golpeen nuestras puertas. Pretenderlo con respecto a todas sería pura ilusión. En el orden educativo cabe estudiar de inmediato las reformas en todos los grados de enseñanza. La Reforma universitaria, desde luego. No es sólo para atacar la pseudo reforma o contrarreforma con la reforma de verdad, sino para señalar qué capacitación, qué educación debe seguir el país si quiere mantener y desarrollar su organización y su vida democráticas. Esto es lo que hay que tener esencialmente en cuenta. No hay que dejarse engañar ni deslumbrar por el oropel de las asignaturas, o de las cosas prácticas in totum, o de las altamente especulativas. En nuestro país, o la educación se pone al servicio de la democracia, o de lo contrario corrompe o niega a la democracia. No hay alternativa.

Educación y reforma constituyen las dos líneas principales de nuestra labor como colegio.

La antidemocracia monta su máquina cultural. Fundará escuelas, editará libros, periódicos y revistas y enviará al interior y al exterior sus personeros. Si tiene líderes avisados, compondrá una doctrina saqueando alguna filosofía. Y tendrá sus fieles. Nosotros, los intelectuales demócratas debemos prepararnos para servir los in-

tereses de la democracia. ¡Guay! del intelectual o de la institución que lo descuide o lo ignore! Su casa carecerá de puerta; pero su pensamiento quedará encerrado bajo siete llaves.

Debemos montar también nuestra máquina cultural. Debemos revisar una por una las piezas de la que está hoy en función, para saber qué debemos desechar y qué debemos aprovechar. Cada vez son necesarias piezas más finas para captar más profundo y descubrir el pasado en el presente. No tenemos dudas de que ciertas cosas del pasado no existen; por ejemplo: Goebbels. Lo hemos visto bien muerto en los noticiarios. Sabemos también que Goering, Hess, von Ribbentrop están entre rejas, bajo un proceso cuya duración sobrecoge al mundo. Pero el nacionalismo no ha muerto: esto es lo importante. Ningún nacionalsocialismo ha muerto. Por el contrario, son hoy más peligrosos que nunca, pues ya no se les ubica tan fácilmente; se disfrazan, y hasta pueden llegar a sentarse a nuestra mesa. Estas cosas no se borran con una esponja. Son huellas que sólo se borran con una contrahuella. Es decir, creando condiciones distintas, sistemas distintos. Sólo así el hombre y su historia se afirman en el tiempo. Se puede preguntar: ¿no es mejor ser estoico, preservar bajo fiera coraza la que se ha conquistado para hacerlo valer cuando lleguen tiempos mejores? No cabe duda que es bueno ser estoico, pero es mejor ser combatiente. Las armas y la estrategia modernas han hecho inútiles los bastiones de los castillos inabordables. No hay que presentar frentes rígidos, declamatorios, levantando estandartes: hay que ir al encuentro de los hechos, es decir de los problemas. Además: ¿qué quiere decir esperar tiempos mejores? Los tiempos no vienen: se hacen. El futuro es siempre el resultado del presente. La historia desconoce la magia. En cuanto al Colegio Libre, el no desertará de la obra emprendida en 1930. Nada ganaría con ello; e incluso, la vida le daría el tiro por la espalda. Y bien merecido lo tendría.

Para la organización de su labor educativa sobre la base del estudio de reformas, el Colegio Libre necesita tomar contacto con todas las instituciones y agrupaciones culturales vinculadas a esos mismos propósitos; muy especialmente con el interior del país, donde hay centenares de instituciones y agrupaciones culturales que son verdaderos fortines de nuestra democracia. Donde esas organizaciones no existan, hay que estimular para que se constituyan. Un pueblo con profesionales tiene ya algunas condiciones que lo

permiten. No hay que pretender formaciones aparatosas. Lo importante es saber qué preocupa a los habitantes de ese pueblo, y sobre la base de sus propios problemas ir creando la agrupación adecuada. Sin puntos de conexión no hay relación posible. Hay que ayudar a formar estos puntos de conexión.

Es así como el Colegio Libre entiende hoy su papel y el propio papel de los intelectuales y de las instituciones de cultura. Llegar a los problemas del pueblo es llegar al pueblo, es educar al pueblo. La educación del pueblo debe ser el fin último de toda obra de cultura superior. La propia economía de esta cultura lo requiere. Si no hay medio propicio, ni hay pueblo cultivado, la cultura misma corre peligro de ser avasallada o destruída. Mal se puede pedir protección a un pueblo al que no se ha cuidado. Cada problema tiene un valor cultural. Hay que enseñar a comprender y defender los problemas; la defensa del valor cultural viene por añadidura. La intelectualidad argentina no es reacia a esta obra. Ha dado buenos ejemplos. Pero es necesario dar al conjunto de voluntades una organización, un plan, un rumbo, para no vivir en zig-zag, dando tumbos o levantándose. Esa fatiga, inutiliza. La intelectualidad argentina y el pueblo deben asociarse. Educación y reformas es la línea para esa asociación.

Reabrimos, pues, las puertas con la misma voluntad, la misma fe, el mismo pensamiento desarrollado en estos tres lustros. Nuestro programa comprenderá todo lo hecho hasta ahora, pero además, nos proponemos entrar de lleno en los problemas nacionales. Para esta obra pedimos la colaboración de los más capaces. No debemos fracasar. Si ello ocurriera y no lo hiciera con igual espíritu ninguna otra institución, la democracia no consolidaría uno de sus puntales más importantes. Por eso, sintetizaremos: Colegio Libre, 1946 significa: Educación, Reformas, Democracia. Todo, para el pueblo.

La economía y la hora actual

Por RICARDO M. ORTIZ

El Colegio Libre se dispone a reanudar sus actividades luego de un paréntesis más prolongado que el habitual. Desde las últimas clases que fueron dictadas en sus aulas, hasta las que nos proponemos iniciar, ha transcurrido realmente un mundo de acontecimientos que, en el orden nacional y en el internacional, proyectados en función del porvenir, adquieren la más trascendental importancia: apenas si, cuando resolvimos cancelar nuestros cursos, había terminado la guerra y si, en la solución de nuestra crisis institucional, comenzaban a diseñarse las posibles salidas.

El Colegio no ha estado ausente, aun cuando permanecieran sus puertas entornadas, de las agitaciones que mantuvieron tensa la angustia de la ciudadanía en este período realmente turbulento de la vida nacional. Todo lo contrario, abarcó su gravedad desde la primera hora y contribuyó, ya sea mediante la acción individual de su cuerpo docente, y de su más ancha base, constituida por sus amigos, ya sea mediante la acción colectiva, en la defensa de la civilidad.

Desde nuestro punto de vista, tenemos la certeza de haber cumplido con nuestro deber y esto, que es todo lo que se nos podía exigir, es lo menos que podíamos realizar. Si los conocimientos y las reflexiones que difundíamos desde el aula, no nos hubieran servido para ayudar a esta Argentina que afanosamente busca su porvenir, podríamos sencillamente haber clausurado el Colegio.

Tanto el problema mundial como el nacional, han hallado entretanto soluciones parciales. En las del primero pueden advertirse que ellas debaten entre un empeñoso anhelo de universalidad y un arrogante propósito de nacionalización. Sus mejores creaciones no tienden sino a afianzar la certeza de que es posible pasar, mediante un cambio de escala, de la organización nacional a la internacional. La Carta de las Naciones Unidas, obtenida como término de un proceso que se inicia acaso en la Carta del Atlántico y que conserva cuando menos las impresiones digitales de Yalta y de Postdam, adquiere, quizá por su similitud formal, la imagen de cualquier constitución nacional; es decir, que comunica la impresión de que los divergentes intereses locales pueden ser susceptibles de una acomodación a los intereses más generales. El tribunal de justicia internacional, que realiza en Nuremberg sus primeros ensayos, con el criterio de cualquier tribunal nacional de delitos comunes. El propósito de creación de un ejército internacional; el del fondo monetario, que convierte a los acuerdos de Bretton Woods en un Banco Mundial de Naciones; la magnífica sugestión de Mr. Bevin acerca del funcionamiento de un Parlamento Mundial y la propia creación de la UNRRA, que independientemente de su circunstancial envoltura filantrópica, puede constituir —y está trenzando en realidad los lazos que la conducen a ello— un organismo internacional que atienda los abastecimientos del mundo, configuran, pese a las transitorias dificultades que puedan dar la impresión de su imposibilidad, un decidido esfuerzo hacia la consideración integral de los conflictos que abrumaban a la humanidad.

No reduce en lo más mínimo la actualidad de este problema realmente angustioso, ni la circunstancia de que cada uno de los organismos que parcialmente lo concretan reconozca algún antecedente —porque propósitos de tal magnitud, requieren que medie un largo período de gestación— ni pueden quitársela los inconvenientes locales que dilaten su ejecución. El proceso de la técnica ha dado a los problemas económicos mundiales, soluciones de tal amplitud que todos los que se desenvuelven a partir de un cierto plano, no podrán ya ser tratados sino con un criterio universal. No puede dejar de advertirse, sin embargo, que estos últimos están distantes aún de constituir un porcentaje abrumador.

Sin perjuicio de ello, configuran y alientan un anhelo de jus-

ticia social, que tiene carácter virtualmente mundial y que en forma inequívoca señala el advenimiento del "siglo del hombre común". Ese anhelo se traduce propiciando que los individuos de todas partes sean mejor alimentados, mejor vestidos y mejor alojados de lo que lo han sido en el pasado; que se les administren cuidados de acuerdo al más alto nivel de habilidad y atención médica; que puedan disponer de más ratos de ocio, de condiciones menos rigurosas de trabajo, de promedios más elevado de pago.

De la forma de obtenerlo y de la posibilidad de realizarlo es que derivan las más profundas divergencias en el campo mundial y de donde también surge en el plano nacional ese obstinado propósito de eliminar o reducir el predominio del lucro privado.

Gran Bretaña ha hecho historia social, culminando su proceso de nacionalización de sus industrias básicas, con un servicio de asistencia médica completa y gratuita y un seguro que dentro de su amplitud advierte todas las posibilidades de falencia. En Estados Unidos, nuevas exigencias de renumeración obrera, realizadas en una escala astronómica, se debaten y resuelven alrededor de mesas de conferencias y terminan en concesiones mutuas. Francia y Brasil, inscriben en sus cartas fundamentales principios que suponen una seria limitación al concepto fundamental de la propiedad. Se podría estar propenso a interpretar todo esto como una indicación del inminente ocaso de la propiedad privada, de la iniciativa privada, de todo lo que sea privado.

Dentro de este panorama mundial, también la Argentina ha resuelto su problema. Nadie podría jactarse pues de originalidad en el planteo de las condiciones que han conducido a la solución hallada. Ni eran desconocidas, ni eran insospechadas; todo lo contrario, era presumible que a la terminación de la guerra sucediese un período de agitación en demanda de una superior consideración de la condición humana. El propio argumento de esta tremenda tragedia que hemos vivido, se reducía a eso. Pero por una razón o por otra, lo exacto es que las masas argentinas han empezado a caminar y será preciso que su marcha sea conducente. Ya lo hicieron hacia 1918; también en 1890 y en el 53, y más lejos aún, en el 10. Pero las otras eran masas campesinas desintegradas, sin tradición en el arte de la demanda. Estas masas de ahora tienen otra idiosincrasia: viven agrupadas contra la Capital o contra las

Capitales y ejercen un oficio que supone efectiva creación. Son ex-artesanos rurales, incorporados a una etapa superior de la producción, cual es la industria manufacturera o extractiva o de elaboración. Son trescientos mil argentinos que en cinco años han hallado su presente en su repudio al campo, que no les aseguraba más que soledad y miseria y que han empezado a andar con la decisión de cumplir su destino histórico. No podrían pues, ser nuevamente defraudadas. No sería ya viable escamotearles las soluciones que conducen a asegurarles trabajo permanente, con salario y sueldo bien remunerado, amplios seguros sociales y derecho a la instrucción y a la cultura, ya se desenvuelvan en el campo, en el taller o en la oficina.

¿Cuáles son las coordenadas de la Argentina y cuáles las posibles salidas a fin de captar la tónica del momento?

Cuando el Presidente en su magnífico manifiesto de 1912, invitaba al pueblo a votar, se abría para las fuerzas productoras de la Argentina un ancho panorama. Poco antes se había celebrado la primera "Conferencia de carnes y distribución de bodegas", como término previsto de un proceso que se inició hacia 1907, cuando el industrial norteamericano realizó su espectacular introducción en el mercado argentino. Los últimos años del siglo anterior, habían presenciado la absorción por el capital británico de la fracción de esa manufactura instalada en el país por la iniciativa local. La "Conferencia" sanciona pues el sometimiento de la producción tradicional de la Argentina al régimen del pool de carnes. Casi contemporáneamente, la ley Mitre, tratando de poner orden, unificándolo, al difuso régimen de las concesiones ferroviarias, precipitó la formación del trust del transporte. Los dos pilares de la economía nacional habían pasado pues a la estricta dependencia del capital foráneo monopolista.

Nuestra clase ganadera, que había dado al país una configuración adecuada a su técnica y a su estructura social, que había agotado la ocupación de la zona de praderas y las había vinculado a los puertos por medio del riel, carecía ya de fuerza expansiva; le faltaba el arrojo y la fantasía indispensables para desempeñar eficientemente la función de Gobierno.

Llamaba pues, por intermedio de la libertad de sufragio, en su auxilio, a una clase de labriegos, surgidos de todos los rumbos de la nación y a una burguesía industrial naciente, que reclamaban

su puesto y su participación en las atribuciones del poder político. Ya los productos agrícolas representaban el 55 % de las exportaciones argentinas y el valor agregado por la industria a la renta nacional, se medía por la mitad del correspondiente a la producción agropecuaria.

La mística del sufragio que preveía el Presidente invadió todos los rincones del país. Este se movilizó como un resorte bruscamente distendido y tomó el poder en plena guerra.

Las nuevas clases requerían para su expansión una remodelación de la Argentina: la atención de su comercio interior significaba empero la destrucción del monopolio del transporte y una sustancial modificación de su política económica. Precisaban la revolución democrática que hacía sospechar la universalidad de su apoyo popular. Una vez más las masas laboriosas habían superado en aptitud política a sus propios gobernantes. Y otra vez, no obstante la incorporación de ciertas bases técnicas que permitieron la acomodación de nuevas formas de producir, la estructura económica y social de la Argentina, que había mantenido intacta su fisonomía colonial, caía bajo el dominio de los grupos gobernantes que la impulsarían, a través de las nuevas doctrinas, al afianzamiento del capital monopolista: convenio de carnes, Banco Central, Corporación de Transportes, Coordinación Nacional de Transportes, acuerdo sobre la nafta, no son sino facetas de una teoría política fundada exclusivamente sobre la permanencia de una Argentina que vende carne, en cantidad invariable, que no tiene pretensiones excesivas en sus precios y que tampoco las tiene en la capacitación de su maquinofactura, porque todo producto que requiera en su fabricación alguna inteligencia, le será provisto desde fuera. La aplicación local de la autarquía, no puede haber sido pues, más menguada.

¿Cuáles son las consecuencias de todo ello, medidas en los umbrales de la guerra? Hemos contribuido a fundar la más estupeficiente y la más repudiable concentración.

Desde luego, nuestro país explorado y explotado no es superior a la quinta parte de su extensión total. Si excluimos la zona de praderas, ya poblada a principios de este siglo, no existen para la Argentina laboriosa, ni Santiago del Estero, como no sea para talar sus bosques; ni Mendoza y San Juan, si exceptuamos las minúsculas zonas bajo riego; ni Salta y Jujuy, si hacemos lo mis-

mo con las pequeñas extensiones destinadas a la plantación de caña; ni íntegramente la Patagonia, con la excepción de esa ínfima zona donde surge el petróleo y que para acentuar su aislamiento, está situada estrictamente en una franja de playa. Chaco y Formosa constituyen aún un motivo para mantener latente la leyenda de bandidos, que era tema predilecto de la mala literatura del siglo anterior; y en cuanto al Territorio de Misiones, recordemos que fué descubierto por la Comisión Parlamentaria que investigó las actividades antiargentinas?. Ninguno de los grandes problemas referentes a la población, a las comunicaciones, al combustible, a la energía eléctrica, al régimen agrario, a la salud, a la alimentación y a la instrucción del ciudadano, han progresado lo más mínimo en el camino de su solución.

Entre tanto ¿qué ocurre dentro mismo de la zona de praderas? La mitad de los establecimientos agropecuarios se encuentran en la zona litoral y el resto se halla diseminado por las otras cuatro quintas partes del país. En aquella, el 75 % de las explotaciones comprende superficies superiores a 300 hectáreas, pero más del 27 % se refieren a explotaciones que exceden de 5.000 Has.; si todavía recurriésemos a las cifras que comprenden las explotaciones ganaderas, hallaríamos que en la zona litoral, el 60 % excede en superficie de 2500 Has. y el 40 % tiene más de 5000. Pero estos resultados palidecen si los referimos a las otras zonas del país: el 57 % de los establecimientos ganaderos tienen allí extensión superior a 5000 Has. En la Provincia de Buenos Aires, para no viajar excesivamente, según ilustra el mensaje del Gobernador Moreno en ocasión de propiciar, en Julio de 1942, la Ley contra el latifundio, que 272 propietarios retienen en su poder 5 millones de Has. que representa la sexta parte del territorio de la Provincia de Buenos Aires y se halla valorada en 850 millones de pesos; esta última cifra es aproximadamente la décima parte del valor total de las valuaciones registradas en el padrón impositivo de una provincia que aloja casi 4 millones de habitantes. Aquella otra implica que en promedio cada uno de los 272 propietarios retiene casi 20.000 Has.

La concentración de la propiedad de la tierra en un reducido número de explotaciones de gran extensión perjudica a la economía argentina en dos formas importantes. En primer término afecta la intensidad y al tipo de la demanda de productos industriales. Crea en efecto un tipo de comprador de mercancías de lujo o de semi-lujo,

de donde se sigue que el consumidor que dispone de grandes ingresos, no contribuye en forma alguna a la producción de mercancías tipicadas y detiene en consecuencia la producción en serie. En segundo lugar las grandes concentraciones contribuyen a que continúen los métodos extensivos de producción agropecuaria, en instantes en que hay mano de obra y capitales para intensificarlos. Si una estancia de 5.000 Has. fuese fraccionada en 25 chacras de 200, no solo daría una cantidad mayor y más diversificada de productos agropecuarios, sino que haría posible una vida más acomodada a mayor número de familias; la demanda de productos industriales que esto ocasionaría tendría efectos tonificantes sobre la economía general.

No es menos impresionante el panorama que ofrece la concentración de las industrias. Sin referirnos al hecho suficientemente conocido que constituye su desigual distribución geográfica, analizando su grado de concentración funcional, se deduce que distribuida nuestra manufactura en catorce grupos industriales, y eligiendo en cada uno, los tres establecimientos más grandes, éstos emplean el 22 % del personal y producen el 45 % del valor agregado por la industria. Esta doble concentración —la geográfica y la funcional— presta a nuestra manufactura una fisonomía semi-monopolista y contribuye en consecuencia a enaltecer los precios de sus productos en mayor grado que lo estarían con un número más grande de fábricas y un índice mayor de competencia.

En ambos casos el problema consiste pues en ensanchar las bases de sustentación de nuestra economía agraria y de nuestra economía industrial; en dar a ellas el tono democrático. Estas consignas o estas soluciones afectan por otra parte también a la extensión de la zona de explotación del país; a la distribución de su capacidad fabril; a la situación de sus puertos; a sus transportes internos.

La más profunda reforma que se proponga tonificar la economía nacional y ponerla en la escala de la finalidad a que me he referido antes, parece, pues, que debiera partir de la reforma agraria y de la descentralización industrial. En la obtención de esta última debe advertirse el propósito de expansión de la maquinofactura en un movimiento tendido hacia el interior. En cuanto a la primera, es indudable que deberá sumir concepciones modernas, en cuya realización debe atribuirse al instinto gregario, a cuyas imposiciones es preciso imputar en parte el abandono del campo, gravitación preferente.

Pero, todo ello tendrá valor menguado, si no concurre en amplia medida a satisfacer las necesidades del hombre común. La economía y la técnica no son un fin en sí. Ellas abarcan el conjunto de normas conducentes a obtener alimento y vestido en la mayor extensión y con el menor esfuerzo. Su fin actual pues, no podría ser otro que el de enaltecer la condición humana del trabajador argentino.

No sé si dentro de la envoltura capitalista habría medio más expeditivo, que atribuir la más amplia extensión social, no solamente al consumo de los bienes producidos, sino al de los beneficios resultantes de su colocación. Lo primero significaría intensificar la creación de relaciones capitalistas; lo segundo implica situarse, con el pensamiento, en la socialización: esta última exige, además, la existencia de ciertos controles y desde luego, la colaboración popular. Conduce también a verificar la posibilidad de tender puentes entre la política técnica y la comprensión de las masas. El nivel de bienestar, determinado científicamente, es la clave, según expresión de Morrison, de uno de los problemas más antiguos y más desconcertantes, que se presentan ante los gobiernos democráticos. Siempre, el dirigente o la agrupación política, encuentran su camino, en una democracia, atestado de las tentaciones de la demagogía, pues es frecuente el conflicto entre lo que gustará el pueblo, lo que será capaz de comprender y la respuesta que dará a las soluciones que se le propongan y lo que realmente se requiere para el progreso social. El nivel científico de bienestar, sería la respuesta. El posee a un tiempo atracción popular y validez práctica. Ofrece un enlace entre la política técnica y la comprensión de las masas.

La determinación de ese nivel se identifica pues, con el hallazgo de la espada que deba cortar este nudo que deprime a la economía argentina. No soy incrédulo respecto a la actual posibilidad práctica de realizar cambios sociales profundos, por mutuo consentimiento. No deseo, eso sí, que nuevamente las masas argentinas, que han empezado a caminar en procura de su destino histórico, superen a sus grupos gobernantes y menos aún que ese destino sea desfigurado.

Perspectivas de la cultura superior (*)

Por JORGE THENON

La marcha mundial de la cultura nos enseña que el más alto nivel de las disciplinas universitarias se alcanza en los países industriales de técnica avanzada. La ciencia no adelanta por el impulso inmanente que brota de su entraña. Las alternativas de su progreso, estancamiento o retroceso, se hallan condicionadas por las relaciones sociales de producción y distribución de los frutos del trabajo. En la era del capitalismo industrial el pujante desarrollo de la ciencia ha sido movido substancialmente por las exigencias crecientes del provecho mercantil. Más aun, las alternativas a veces bruscas de ese desarrollo han correspondido a los sobresaltos de un sistema en que la superproducción constituía un mal irreparable, causante de crisis y guerras incesantes. El grado alcanzado por la especialización aisló a cada hombre del conjunto, impidiéndole comprender las relaciones cada vez más estrechas entre la inteligencia y el trabajo manual.

La perplejidad de los hombres de ciencia y de pensamiento ante la guerra y la destrucción periódica de la riqueza material y cultural, demostraba que el pensamiento, destinado a derramar su

(*) Fragmentos de la conferencia pronunciada en ocasión de la inauguración de los cursos.

benéfica influencia sobre la humanidad, se convertía en una amenaza para la vida, al transformar los instrumentos de la paz en agentes de guerra y exterminio.

Más aún, en un mundo de tal modo organizado que la producción se rige por el impulso anarquizante de la explotación del trabajo y el provecho privado, cómo podía creerse en la neutralidad del pensamiento? La verdad es que apenas nacido es arrancado de las manos que le dieran forma y se incorpora al proceso del trabajo y concurre con sus descubrimientos a promover las revoluciones de la técnica o a fortalecer la injusticia y otorgar acaso a un enemigo de la cultura, los frutos preciosos de su labor.

En los primeros tiempos de la ciencia era difícil reconocer los lazos que ataban la labor del investigador y el desarrollo del trabajo, la producción y la industria. Pero el mismo progreso de la industria moderna y sus relaciones evidentes con la ciencia, han demostrado que la ciencia y el trabajo jamás han marchado separadamente. Las necesidades industriales han obligado a incorporar hombres de ciencia a la industria. Los costosos laboratorios construidos por los combinados industriales modernos permiten realizar trabajos más importantes que los que de la Universidad y sus laboratorios. La ciencia teórica y práctica se ha aproximado así a las fuentes del trabajo. Confusa y lentamente se ha convertido en hecho corriente la estrecha vinculación del trabajador manual e intelectual, de la inteligencia y la mano creadora de formas. Aunque esa vinculación no es orgánica ni consciente pues las gerencias, los directorios y los bancos se interponen como una niebla espesa entre la inteligencia y los trabajadores manuales, aunque todavía no hay comunidad ni emulación socialista, lo cierto es que este hecho es un anticipo del futuro ritmo del trabajo humano liberado y del encuentro y conjunción definitiva del trabajo manual e intelectual.

El hombre de ciencia, el intelectual y el pensador se han esforzado siempre en comprender el destino final de su labor y en señalar las fuerzas sociales que están interesadas en un auténtico progreso de la sociedad. Ello comporta una posición política frente al problema de la inteligencia, pues comprender las leyes de su desarrollo, comporta la necesidad de un cambio y al comprenderlo, el intelectual está en condiciones de acelerar el desenlace. De ello se deduce que toda tentativa para suprimir o coartar el pensamiento po-

lítico del universitario, es parte de un plan que pretende someter el pensamiento al yugo de la tiranía, a la regresión y la incultura.

Los sabios que trabajan en la desintegración de la energía nuclear, saben acaso para quien trabajan? Tienen conciencia de la situación en que se encuentran, aprisionados por un sistema que dispone de infinitos recursos para acelerar la producción del más poderoso medio destructivo creado por el genio humano? No es acaso necesario un pensamiento político que permita al sabio confiar en un futuro, quizá lejano, pero cierto, en que la razón victoriosa organizará la convivencia pacífica de los hombres? El proceso contra el sabio profesor Nun-May y la resolución de innumerables hombres de ciencia británicos y americanos, oponiéndose a trabajar sin reservas políticas en el desarrollo de la energía atómica, demuestra en qué grado la nueva era comporta una responsabilidad política en los sabios modernos y la necesidad perentoria de salir de su aislamiento.

.....

Es axiomático que la universidad progresista sólo puede desarrollarse en los países técnicamente adelantados. Veamos los países atrasados. Gravitan acaso en alguna medida en la ciencia mundial? Así como importan mercancía elaborada, importan conocimiento, pero ellos se esterilizan y estancan. Ni la proximidad a las grandes potencias comporta una ventaja. Los países sometidos o semicoloniales, como los del Caribe y América Central, no prosperan a pesar de la vecindad del más grande emporio industrial y cultural de los tiempos modernos. El Egipto, la India, no prosperan al ritmo que podría hacer suponer su dependencia de la gran metrópoli. Todo país semicolonial por su economía, con la consiguiente deformidad de su desarrollo técnico dependiente, no puede desarrollar una cultura superior armoniosa y original. En países semejantes se observa que no sólo se estanca la cultura en sus aspectos técnicos, sino también en las disciplinas humanistas, filosóficas y estéticas. Los avances de la filosofía, las doctrinas, los sistemas osados que procuran avanzar una concepción nueva del mundo, adaptada al progreso del conocimiento, surgen y se desenvuelven en los países adelantados, industriales y técnicos.

Desde hace mucho tiempo se advierte que la universidad ar-

-Cuba

gentina progresa lentamente. Muchos años nos separan de las universidades más adelantadas. Ello no se debe a las características negativas que han querido atribuirse a la idiosincrasia nacional y americana. Ello se debe a la imposibilidad de poseer una universidad progresista en un país técnicamente atrasado.

El profesor Teófilo Isnardi, en el último congreso de Física realizado en Buenos Aires, dijo estas palabras significativas: "En 30 años la física argentina no ha progresado nada". ¿Cuáles son los obstáculos que se oponen a nuestro progreso científico? ¿Acaso los planes de estudio? No. Estos obstáculos superficiales y pequeños, no deben impedirnos observar la causa profunda y es que nuestra Universidad no se halla cimentada en las fuentes del progreso, en el proceso del trabajo. Por ello es un organismo que vive aislado del conjunto social, sin responder a los reclamos de la sociedad argentina ni a los compromisos de sus sabios e investigadores, con los estímulos que provienen de la ciencia de los países adelantados. Es una universidad artificial y estática; sus laboratorios repiten experiencias de otros laboratorios y la contribución en las sociedades científicas son casuísticas y ajenas a un plan general. En cuanto a la juventud universitaria... Quién enseñe o haya enseñado a la juventud universitaria argentina, sabe cuanto vale, cuán grande es su caudal de inteligencia y su pasión por el progreso. Y bien, su porvenir depende en gran medida de la emancipación económica del país, de su progreso industrial. En ello estriba el cumplimiento de los postulados progresistas y sociales de la reforma, puesto que al ritmo del trabajo creador se exigirá a la inteligencia un rendimiento útil, la enseñanza dejará de ser lo que es ahora, enciclopédica, abultada, teórica y al aproximarse la Universidad a las necesidades del trabajo, se habrá puesto término al divorcio entre la Universidad y el pueblo.

De ahí que todo universitario digno de tal nombre, todo intelectual patriota que anhele el progreso de la cultura nacional debe aprobar con simpatía un plan de expansión industrial, una política agraria de división de la tierra, un incremento de la población, una política inmigratoria sin restricciones, una política contra el imperialismo que nos sofoca y mutila. El intelectual y el universitario no temen esta transformación; por el contrario la desean porque ella será el vehículo de un progreso auténtico

de la cultura. Lo que ellos temen es que una nueva tentativa de regresión política les empuje al abismo y a la destrucción irremediable de la cultura.

.....
La República llega retrasada. El plan de mayo no se ha cumplido y hemos defraudado el vaticinio de Sarmiento. Aparecemos en el vasto escenario del mundo transformado como adolescentes tímidos y vacilantes, aunque a veces mostramos un orgullo desmedido y fatuo, cuando debimos llegar adultos y lozanos con 50 millones de habitantes y una gran cultura. Recuperar ese tiempo perdido es una tarea ciclópea y está condicionada por la vigencia de la democracia, la libertad, las garantías constitucionales y nuestra vinculación leal con todos los pueblos democráticos de la tierra, con una política de paz, al servicio de la paz mundial.

Los tres trabajos precedentes fueron leídos el 8 de mayo en el acto de inauguración de los cursos del Colegio.

El trigo en el intercambio Argentino-Brasileño. Necesidad de una solución de fondo

Por HOMERO BAPTISTA DE MAGALHAES

Ni el Brasil ni la Argentina han tratado su común problema triguero con la necesaria comprensión para extraer de este importante tráfico las ventajas correspondientes para las respectivas economías: asegurar, el Brasil, alimentación adecuada a su creciente capital humano y, la Argentina, conquistar un amplio mercado, seguro y capaz de absorber la mayor parte de su saldo exportable sin las azarosas vicisitudes de los mercados de ultramar. Justicia es reconocer que desde que existe el problema triguero argentino-brasileño, o desde que los hombres de gobierno se han preocupado por él, con la misión Pinedo fué cuando se hizo el más serio esfuerzo para afrontarlo con ánimo de encontrar un justo punto de equilibrio conveniente para ambas partes. La grave crisis de que padece el intercambio argentino-brasileño de trigo pone en evidencia la ineficacia con que operaron hasta ahora los organismos responsables de cada uno de nuestros países.

La Argentina, encastillada en el proteccionismo agrario que se agudizó a partir de 1931, ha hecho caso omiso de las repercusiones económicas, más concretamente, monetarias, que las importa-

ciones de trigo y harina de trigo crean a la economía brasileña (1). El Brasil, por su parte, tampoco ha hecho lo correspondiente para asegurar y difundir el trigo como alimento entre su pueblo, pueblo sin lugar a dudas subalimentado, cuyo problema primario es nutrirse en el decir de Afranio Peixoto, profesor de Higiene de la Universidad de Rio de Janeiro. Y los dos países están en falta con un deber que las circunstancias geográficas e históricas les imponen hacia la solidaridad económica continental.

La Argentina, como proveedor del Brasil, debe seguir el viejo y sensato aforismo comercial de cuidar al cliente. Y cuidar no es solamente proveerlo de productos de calidad y acomodar el precio a las máximas posibilidades de un desarrollo expansivo de la demanda en cuanto a cantidad; cuidar al cliente es también asegurar un abastecimiento regular en todas las épocas, incluso las anormales; es, además de aprovisionar, prever, porque el vendedor debe aconsejar al comprador acerca de las consecuencias de hechos y posibilidades que por razones de su metier le son familiares y colige con más justeza; cuidar al cliente es reservarle el abastecimiento regular cuando se da la era de las vacas fiacas, desdeñando la venta aunque sea a un buen precio a los clientes ocasionales. Y fuerza es reconocer que la compulsa de los hechos recientes llevan a la conclusión de que un cliente como el Brasil no ha sido cuidado como conviene a su importancia cuantitativa y cualitativa (2). Por su importancia cuantitativa es el mercado brasileño el prin-

(1) La yerba mate, rubro que en el rol de las exportaciones brasileñas a la Argentina fué lo que el trigo a las exportaciones argentinas para el Brasil absorbía a comienzos del siglo el 75 % del valor de las exportaciones brasileñas destinadas a este país, proporción que fué decayendo en los años siguientes no por disminución de las compras argentinas, sino por aumento de los demás artículos de la exportación brasileña. Pero a partir de 1931, cuando se puso en vigor el programa de agudo proteccionismo agrario, la disminución se hizo más acentuada. En los años que corren la participación de la yerba es mínima en el monto de las exportaciones brasileñas: en 1940 el 7 %, en 1944 menos del 3 %.

Cosa similar ocurrió con el arroz.

Es de notar que la región brasileña exportadora de estos dos productos es la que más se perjudicó con la política de proteccionismo agrario argentina y es, asimismo, la zona del Brasil en que más se produce trigo.

(2) Con el fin de asegurar la provisión en los tiempos de mayor demanda que se preveían, hemos propugnado la compra, por el Brasil, de parte de los sobrantes de trigo. "Argentina-Brasil. Sentido de sus relaciones económicas", Homero B. de Magalhães, página 122.

cial, no por las circunstancias derivadas del conflicto bélico, pues ya lo era en el último quinquenio normal —1934/1938— lapso en que el Brasil se llevó, en promedio, el 28 % de las exportaciones argentinas de trigo, siguiéndole el Reino Unido con el 25 %. Cualitativamente también es el brasileño el mercado de más interés para el trigo argentino pues no solamente siempre ha pagado prima por el grano argentino requerido, sino porque se asimila al mercado interno en la constancia y regularidad de sus demandas, en cuya satisfacción este país está a cubierto de competencias apreciables como lo evidencia el hecho de que en el quinquenio referido el 96 % de las importaciones brasileñas de trigo provinieron de la Argentina. Pero lo que más interesa destacar en cuanto al mercado brasileño, es su fuerza de expansión derivada de su creciente población y del nivel de vida en ascenso. En los veinte años que corren entre los censos de 1920 y 1940 el consumo de trigo del pueblo brasileño se duplicó mientras que la población tuvo un incremento de 36 %.

Pero la buena atención de un cliente requiere el conocimiento de sus características y la comprensión de sus problemas.

CARACTERISTICAS DEL PROBLEMA TRIGUERO BRASILEÑO

Como se ha visto, el consumo brasileño de trigo está en plena expansión. En 1944 se estimó el consumo teórico de trigo en 1.500.000 toneladas, del que se produjo en el país solamente cerca del 15 %, proporción que guarda relación con el promedio del último decenio. El déficit debe importarse del exterior, más propiamente de la Argentina. Y es así como la expresión en valores de este volumen significa para la economía brasileña una pesada carga que en los diez primeros meses de 1945 representó el 19 % del valor total de sus importaciones. Ahora bien, como la economía brasileña es de tipo neo-capitalista y debe producir materias primas que dejen un saldo exportable con el cual compensar sus erogaciones en concepto de amortizaciones e intereses de la deuda pública, dividendos de inversiones y compras de manufacturas, las sumas cuantiosas que invierte en la compra de trigo y

harina son consideradas como inversiones anti-económicas. De ello se infiere que el problema triguero brasileño es, más que nada, un problema económico, un problema monetario. Cada vez que se ha actualizado la cuestión triguera en Brasil el tono de las discusiones estuvo dado por ese cariz. Así, cuando en 1937 se agitó nuevamente el problema y se inició la campaña del trigo, ningún factor político incidió, sino simplemente que ese año señala la recuperación de los precios del trigo, el valor de cuyas importaciones igualaba al de las importaciones de maquinarias, el más importante rubro de las compras brasileñas.

Además, esa dependencia del exterior crea en Brasil serias aprensiones de carácter estratégico, pues a nadie escapa que es un talón de Aquiles fácil de herir, como lo evidencian los hechos que estamos testimoniando en estos días. Es verdad que el trigo como alimento de primera necesidad no tiene en Brasil la importancia que reviste en la Argentina, pues en la mesa brasileña debe compartir honores con la fariña de mandioca y el arroz, siendo su difusión en el campo bien reducida, pero no es menos verdad que en las ciudades, sobre todo en los grandes centros fabriles, su papel en la dieta popular es considerable y es precisamente en las grandes ciudades donde se forma el ambiente de pánico en caso de peligro.

Así como por razones similares la Argentina logró la autosuficiencia en un artículo para ella de primera necesidad, como la yerba mate, es preciso reconocer el mismo derecho al Brasil a bregar por la autosuficiencia en un producto de tanta importancia como es el trigo. Por ello se empeñó su gobierno en fomentar la producción de trigo y mientras esa solución —a largo plazo— caminaba hacia el terreno de las realizaciones, se echó mano al recurso de los agregados de harinas de productos indígenas a la harina de trigo, dado que el problema brasileño de trigo es considerado principalmente a través del prisma monetario, más que la producción local lo que se ha buscado es divisas para seguir comprando trigo. De ahí la propuesta de incrementar las exportaciones de maíz con el fin de crear una contrapartida que sirva de compensación a las compras de trigo que se hacen a la Argentina. Pero este recurso tiene para el Brasil el inconveniente de ser a largo plazo y para la Argentina de crearle un competidor en

el mercado internacional de maíz, con las consecuencias que es de imaginarse (3).

El problema brasileño de trigo tiende a agudizarse por la gravitación natural de los hechos. La población del Brasil crece considerablemente; en 1920 era de 30.605.000 y en 1940 alcanzaba a 41.565.000 de habitantes. Este solo hecho, suponiendo que el consumo per capita no se beneficiase con un incremento, ya indicaría una tendencia progresiva en el consumo brasileño de trigo y, dado el estancamiento de la producción indígena, señalaría que las importaciones de trigo deberían crecer de año a año. Pero esta serie estadística hay que ponderarla por el mejoramiento del nivel de vida y ello redundaría en un incremento del consumo por habitante. Pero, además, hay que llevar en cuenta el proceso de industrialización que se registra en Brasil, lo que significa que hay una afluencia de pobladores a las ciudades, factor este que actúa doblemente, restando productores al campo y aumentando consumidores en las ciudades que es donde, en Brasil, se consume más pan. Por eso el consumo por habitante evoluciona de 19 kilos en 1920 a 30 kilos en 1940.

Y hoy en día, además de los precios increíblemente elevados, un factor inesperado, por primera vez, viene a interferir en el consumo de trigo del Brasil: la escasez por deficiencia de la producción argentina. Las penurias de la escasez y de la carestía constituirán el envión que dará fueros de importancia nacional al cultivo de trigo en Brasil, mucho más que las campañas propagandísticas del trigo a la moda de un sistema felizmente caduco.

CRECIENTE IMPORTANCIA DEL BRASIL COMO MERCADO CONSUMIDOR DEL TRIGO ARGENTINO

El Brasil es el segundo importador de trigo del mundo. En cuanto a la Argentina, es su primer mercado, como hemos visto más arriba. En el último quinquenio normal absorbió el 28 % de las exportaciones argentinas contra 25 % del Reino Unido.

(3) En 1938 exportó el Brasil 125.000 toneladas y para este año se anuncia un saldo exportable sin precedentes, según algunos de 500.000 a 800.000 toneladas.

En los años de guerra fácil es de presumir que la posición del mercado brasileño fué predominante.

Estadísticamente está demostrado que la fariña de mandioca y el arroz compiten en el menú brasileño con el pan por sus mejores condiciones de precio, (4) por lo que es fácil suponer que el mejoramiento que se nota en el nivel de vida, así como el incremento de la población de los grandes centros, redundarán en un aumento notable en el consumo de trigo y, consecuentemente, una mayor importación de trigo argentino. Como, por otra parte, es evidente que la demanda británica de trigo argentino acusaba una tendencia decreciente ya en los años normales y, como lo dijera el embajador Víctor Kelly en su discurso del 23 de septiembre de 1943 en la Cámara de Comercio Británica, el Reino Unido está decidido a seguir su política de preferencia imperial y de abastecerse de alimentos mediante cultivos propios, la posición del Brasil en su calidad de comprador del trigo argentino se hace cada vez más destacada.

Ahora bien, como la fantasía no es patrimonio exclusivo de los poetas, puesto que en todo plan económico existe una parcela de ella y de sueño a concretar en realidad, séame permitido vaticinar que, en base de la evolución registrada en el lapso no interferido por graves acontecimientos políticos internacionales ni por la política de las llamadas "harinas mixtas" que corre de 1920 a 1937, en fecha tan cercana como 1950 las importaciones brasileñas de trigo habrán alcanzado la cifra de 2.000.000 de toneladas, es decir la mitad del saldo exportable argentino actual.

En diversas otras oportunidades hemos señalado la trascendencia que tendría para la economía argentina una transformación en ese sentido de sus exportaciones de trigo. En primer término, debido a condiciones geográficas que lo transforman en un monopolio natural del trigo argentino, el mercado brasileño debe asimilarse a una prolongación del mercado interno, tal la regularidad

(4) El profesor Josué de Castro en su libro "A alimentação brasileira á luz da geografia humana" da los siguientes costos de 100 calorías de alimentos en 1935:

Pan	43 reis
Arroz	33 "
Fariña	22 "

El consumo anual de arroz puede estimarse en cerca de 1.500.000 toneladas elaborado y el de fariña en alrededor de 1.000.000 de toneladas.

y constancia de sus demandas. En segundo lugar, entre los mercados compradores del exterior es el brasileño el que ha exigido mejor calidad, pagando inclusive una prima sobre la mercadería que se reservaba a otros destinos. Finalmente, aumentando el mercado vecino sus compras, mucho menor sería la dependencia de los mercados de ultramar, sobre todo del Reino Unido, con lo cual es evidente que la economía argentina se hallaría en una posición de menos dependencia.

EL COMERCIO ARGENTINO-BRASILEÑO DE TRIGO COMO EJE DE UNA ACCION DE ALIENTO EN PRO DE LA LIBERACION ECONOMICA DE AMBOS PAISES

Efectivamente, las exportaciones argentinas de trigo y su harina condicionan no sólo las exportaciones argentinas al Brasil, sino todo el intercambio argentino-brasileño. En un comercio aproximadamente balanceado el trigo y su harina insumen el 90 % del promedio de las exportaciones argentinas en épocas de normalidad. Y es tan preponderante ese papel del trigo que la curva de los precios del trigo s/w Dársena está correlacionada con la de los saldos del intercambio, correspondiendo los mayores saldos favorables a la Argentina a los años de más elevado precio para el trigo. Es, pues, el trigo y su harina el eje del intercambio entre nuestros dos países. Pero es menester que esa circunstancia que hasta ahora sólo ha servido para crear resquemores, se emplee en un sentido progresista, con un amplio espíritu de solidaridad económica americana. El Brasil cuya necesidad de mejorar el nivel dietético de su pueblo es impostergable, debe fomentar el consumo de pan de trigo, sin restricciones. Los convenios oportunamente negociados por la misión Pinedo no sólo liberaron el pan brasileño de mezclas no tritíceas, sino que establecieron que los saldos del intercambio favorables a un país excedentes de una determinada suma sólo pueden percibirse mediante el aumento de las compras del país acreedor.

Con tal instrumento jurídico preciso es orientar la acción oficial y privada en el sentido de que las economías de nuestros países dependan en menor grado de la de los grandes países imperialistas. La concentración de las exportaciones en uno o dos des-

tinios es tanto o más perjudicial que la especialización en uno o dos productos. En ambos casos se trata de una deformación económica perjudicial y esclavizadora. La posición de este país es, a tal respecto, débil. Habitualmente un tercio del valor de sus exportaciones se destina al Reino Unido, cifra mucho más importante si se computan las de los países que entran en la órbita británica, mientras que al Brasil va apenas algo más del cinco por ciento. Verdad es que la guerra alteró fundamentalmente tales proporciones, creciendo la participación del Brasil en las exportaciones argentinas hasta cifras superiores al 10 % del total del valor exportado, ocurriendo cosa similar con otros destinos, como los Estados Unidos y otros países de América. No menos verdad es que en la guerra mundial anterior ocurrió algo parecido y que las cosas volvieron después a su cauce tradicional. Y la mejor manera de amortiguar esa vuelta al estado de cosas tradicional y propiciar una modificación favorable en la distribución del destino de las exportaciones de este país, en el sentido de hacerlo depender en menor medida de economías foráneas es distribuir equilibradamente esa dependencia entre el mayor número posible de destinos. Como la mayor parte del incremento registrado en el valor de las exportaciones argentinas al Brasil corresponden a rubros ocasionales, cuya desaparición es cuestión de poco tiempo, el fomento de las exportaciones de trigo compensaría tal disminución y tendería a transformar en permanente el aflojamiento señalado en los lazos de dependencia durante el tiempo del conflicto bélico actual.

Para el logro de tal fin se requiere la adopción de las siguientes medidas.

Por parte de la Argentina: 1º) Concesión de los medios de compra mediante la adquisición de productos brasileños; 2º) Mejoramiento de la técnica del transporte, evolucionando hacia el granel; 3º) Realización de una propaganda inteligente, concentrando en un mercado de grandes posibilidades los esfuerzos y recursos que a tal fin se reservan y no malgastándolos en mercados saturados.

Una acción en el sentido indicado asume importancia vital en economías, como las nuestras, dependientes en grado sumo de economías extranjeras. En nuestros países las exportaciones constituyen rubro considerable de su ingreso nacional. En el período 1937/39 el valor de las exportaciones argentinas al Reino Unido importaron un 7 % de los ingresos nacionales, proporción que

sube al 8 % en los años de guerra. Tal proporción es de más importancia si se consideran las exportaciones destinadas a todos los países de la órbita británica. En economías del tipo de la argentina, las exportaciones constituyen la tal vez más considerable fuente de capitalización y, por sus fluctuaciones ocasionadas por factores incontrollables como por la rigidez de las importaciones, son un elemento decisivo no sólo por el volumen como por los precios. Por tales motivos es de toda conveniencia para la economía argentina promover las exportaciones hacia un mercado que por la regularidad de sus demandas se asimila al mercado interno, amortiguando las bruscas fluctuaciones que acusan otros mercados, como es dable ver en las cifras que se consignan a continuación, referidas todas al último decenio normal ya que en los años actuales el privilegio de la proximidad geográfica resalta aún más la creciente y regular importación de parte del Brasil y la decreciente y azarosa demanda del mercado inglés.

Años	% Trigo sobre valor de la export. total	Volumen de las exportaciones de trigo				Total
		Reino Unido Tonelaje	Reino Unido %	Brasil Tonelaje	Brasil %	
1929	19,83	2.219,6	33,5	701,2	10,6	6.613,3
1930	14,95	664,6	30,0	576,3	26,0	2.213,4
1931	14,33	1.141,2	31,36	679,4	18,7	3.638,7
1932	17,55	1.014,6	29,5	284,3	8,3	3.441,9
1933	19,31	1.215,7	30,9	748,8	19,1	3.929,2
1934	20,53	1.887,7	39,4	802,0	16,7	4.793,7
1935	17,45	1.019,9	26,4	894,7	23,2	3.860,0
1936	10,27	160,6	9,9	874,1	54,3	1.610,4
1937	20,58	686,4	17,7	911,3	23,5	3.887,2
1938	13,10	283,6	14,6	1.003,2	52,0	1.940,4

Fluye de la simple lectura de las cifras precedentes que disminuye la participación del trigo en el valor de las exportaciones argentinas y que tal tendencia decreciente se debe a la disminución de las exportaciones destinadas al Reino Unido a medida que este país avanza en la preferencia imperial. Mientras tanto, las compras del Brasil crecen año a año, sin que el incidente de política comercial de 1932 logre frenar tal tendencia promisoria. Pero la simple consignación de las cifras no es lo suficientemente elocuente; preciso es considerar que la participación del Brasil debió ser aún más importante de no mediar el hecho de que ya en los dos últimos años del decenio otros mercados terciaban adquiriendo grandes cantidades con el fin de acumular reservas para el conflicto que preparaban. Eran estos mercados Alemania e Italia. Otro elemento

que hay que ponderar es que en las exportaciones a ultramar siempre fué reducida la participación de la flota mercante argentina en el transporte del trigo, mientras que en los embarques para el Brasil era y será cada vez más considerable la proporción cargada por barcos de banderas argentina y brasileña.

Para el espíritu menos apasionado trasunta de los hechos y consideraciones consignados la dolorosa impresión del fracaso de nuestras diplomacias —la del Itamaratí y la del Palacio San Martín— en el establecimiento de un status ventajoso para las relaciones comerciales de ambos países y una mayor independencia en sus economías. El Brasil, insistimos, debe mejorar el nivel dietético de su pueblo, mejorando así su capital humano y debe aprovechar su ventajosa posición en el comercio triguero argentino para la colocación de productos de su agricultura o de su naciente industria, y la Argentina debe otorgar al Brasil las divisas necesarias para que compre cada vez más trigo, en la misma forma que el buen comerciante sabe ser liberal con los clientes capaces de evolucionar favorablemente.

Por parte del Brasil: 1º) Corresponder a la propaganda argentina con otra referida a la necesidad de mejorar nuestro standard dietético; 2º) Mejorar los transportes locales y otorgar tarifas preferenciales al trigo y subproductos; 3º) Construir depósitos y graneros suficientes para el almacenamiento del consumo de tres meses por lo menos, tarea ésta que se anunció con bombos y platillos y que, como ocurre a menudo en los regímenes dictatoriales, quedó en aguas de borraja como lo demuestra la triste realidad que está viviendo el pueblo brasileño sometido al racionamiento del pan (5).

La Argentina y el Brasil están en condiciones de iniciar este movimiento que a la par de solidaridad económica lo será, sobre todo, de liberación económica. Ellos pueden formar el núcleo a cuyo alrededor se agrupen las demás naciones de América en un serio esfuerzo de superación.

Conferencia pronunciada en el Colegio
el 29 de mayo de 1946.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(5) Este aumento de la capacidad de depósito debe sincronizarse con el fomento del manipuleo a granel. El Brasil debiera declarar obligatoria la construcción de silos por parte de los grandes molinos situados en sus puertos del litoral.

Dos discusiones sobre Método Sociológico (*)

Por FRANCISCO AYALA

APROXIMACIONES EN BUSCA DEL OBJETO DE LA SOCIOLOGIA

La primera consecuencia de orden metodológico a desprender de la peculiar relación en que la Sociología —como las demás ciencias históricas— se encuentra frente a su objeto de conocimiento, es la de que los signos verbales empleados por ella para denominar sus conceptos no pueden nunca llegar a desprenderse por completo de las palabras con que el uso común acostumbra designar las realidades sociales aludidas. Si los términos empleados por la disciplina sociológica son con la mayor frecuencia ambiguos y equívocos, y —como Lundberg escribe— “en las ciencias sociales la mayoría de los términos importantes tienen varios significados”, adoleciendo de la imprecisión del lenguaje vulgar, ello no es un mero defecto imputable al escaso desarrollo de nuestra ciencia en comparación con otras, según el mencionado Lundberg lo interpreta al explicarnos: “Como en los estadios primeros de toda ciencia, empleamos tranquilamente en los estudios sociales la vaga e indefinida terminología de la charla común, extraída del folk-lore (experiencia de sentido común) del pasado. Esta terminología . . . no está bien adaptada a los usos de la ciencia”.

Es cierto que los conceptos básicos de todas las ciencias se han

(*) Extraídas del Tratado de Sociología próximo a publicarse.

apoyado inicialmente en nociones vulgares muy inexactas, de las que ofrecen todavía un rastro verbal los valores numéricos arbitrarios, pero exactos, alojados dentro de nombres tales como "caballo de fuerza", "pie" o "codo", "bujía", etcétera., de que se valen las ciencias naturales. Pero cabe sostener sin vacilación que la Sociología no podrá nunca utilizar fórmulas por entero artificiales como las que otras disciplinas elaboran para construir así conceptos capaces de dar expresión intelectual abstracta a sus objetos, y conocerlos con independencia de cualquier circunstancia. Y la razón está, como puede comprenderse, en que para ella tales objetos no tienen existencia ninguna fuera de la circunstancia, y se desvanecen tan pronto como se intenta reducirlos a una fórmula abstracta: su realidad consiste precisamente en la experiencia social histórica, a la que concurre como un elemento constitutivo esencial el nombre con que la designan y se entienden acerca de la misma sus participantes. Sería, en efecto, inconcebible la existencia de una entidad sociológica típica, —por ejemplo, la relación de amistad o la institución del Estado—, sin que, al mismo tiempo, hubiera una palabra nominativa que unificase las diversas experiencias, singulares y distintas, susceptibles de subsumción bajo el correspondiente tipo como efectuación de la realidad significada. La falta de tales nombres indicaría ausencia de la entidad sociológica aludida por ellos, aunque pudieran bien darse eventuales experiencias de contenido idéntico al que, en su caso, la amistad realiza. Porque la entidad sociológica existe, podemos hablar, en cambio, de una falsa amistad allí donde la correspondiente experiencia es sólo fingida: esto es, imitación de la conducta organizada en el tipo.

Las entidades sociológicas objeto del conocimiento de nuestra disciplina se dan en la experiencia social de los hombres, y tienen como materia un nexo típico donde se agrupan intenciones significativas. Ahora bien: para que los procesos psíquicos que están a la base de tales nexos se realicen integrando la entidad típica correspondiente, es necesario que aquella intención significativa en que reside su esencia sea un contenido de conciencia comunicable, —y es evidente que la palabra ofrece al ser humano el más completo y objetivo medio de comunicación: por lo tanto, en una palabra, en un nombre, se objetivará normalmente frente a las conciencias la entidad sociológica realizada en una concreta experiencia social. Una relación amistosa puede contener de parte y parte los matices más

inefables, y diferenciarse por razón de ellos en amplísima medida; pero ésta habrá de reconocer como límite lo que uno y otro participantes, y también cualquier posible testigo excluido de la concreta relación, entienden por amistad; lo que es la amistad en sí misma, como nexo típico definido por las intenciones significativas que en él se agrupan. Y resultaría de todo punto inconcebible, o por lo menos de suma improbabilidad, que ese tipo de experiencia careciera de denominación, una vez que posee una estructura objetiva generalmente inteligible, constituida en la conjunción de intenciones compartidas y, por lo tanto, comunicadas. No hay ninguna dificultad en imaginar la existencia de un objeto natural, substraído a la experiencia común y, en consecuencia, desprovisto de nombre vulgar: de hecho, una multitud de cuerpos y de fenómenos considerados en particular por la ciencia no habían atraído nunca antes la atención de la gente que, muchas veces, continúa sin sospecharlos. Su ser es por entero independiente de ese conocimiento y aun de la existencia de seres humanos, de tal manera que la denominación con que los hombres los distinguen, pertenezca al lenguaje ordinario o sea un puro tecnicismo inventado para los fines de la ciencia y mantenido dentro de su estrecho círculo, no pasa de funcionar respecto de su realidad como un revestimiento accesorio, incapaz de penetrar más allá de la superficie.

Pero si no existieran hombres no existirían tampoco los objetos de la experiencia social cuyo conocimiento procura la Sociología; no existiría ni amistad, ni Estado; ni vecindad, ni clase social; ni familia, ni moda, ni derecho, ni arte, ni orden público. Todos estos objetos son creación de los hombres, y sólo existen en su común experiencia. Desaparecida la Humanidad continuaría habiendo astros y flores, y así lo pensamos, aunque ya no existieran para nosotros: pero sabemos también que no podría haber, en cambio, más matrimonio, ni educación, ni iglesia, ni sindicato, porque estas son entidades cuya esencia se encuentra en la significación de intenciones humanas, y cuya realidad consiste en la experiencia actual que los hombres realizan de ella. A esa experiencia, por ser de orden social, pertenece como un momento constitutivo el nombre con que se la designa, ya que con él se da expresión al plexo significativo esencial de cada entidad típica, y se contribuye así a acuñarlo, fijando y perfilando sus contornos frente a la fluidez de las vivencias, transitorias, fluidas y variables en que se realiza.

Por eso pudo afirmar con genial penetración un sociólogo para lo demás tan dentro del cientificismo naturalístico como E. Waxweiler, en su *Esquisse d'une sociologie*, que "la materia misma de la sociología existe, denominada y, en algún modo, despejada, y es un privilegio reservado a esta ciencia el de poseer, aun antes de constituida, un inventario de su campo. La vida de los hombres, en efecto —explica— no ha podido discurrir . . . sin dar nacimiento a numerosas interferencias sociales, que son la trama misma de la sociología . . . — . . . han sentido efectivamente la forzosidad de la expresión verbal y . . . han debido observar, definir, matizar las formas sociales que creaban, porque vivían en ellas, porque ellas eran su vida misma". Y hasta tal punto cree Waxweiler aprovechable la ventaja derivada de esa circunstancia, que propone como base de la investigación sociológica un léxico extraído del diccionario y agregado a su libro como apéndice.

Pero, en verdad, más que una nota circunstancial de la realidad social, de la que nuestra disciplina puede sacar partido para sus fines cognoscitivos, sería necesario ver en el hecho de que esta ciencia pueda contar de antemano con un arsenal de conceptos despejados por el uso común, la consecuencia primera de la naturaleza histórica de su objeto, y de la relación peculiar en que, por razón suya, se encuentra frente a él la Sociología. Más aun: si se considera el asunto cuidadosamente, es seguro que aquella inicial y aparente ventaja se nos convierta en gravísima dificultad y pavoroso problema metodológico. Pues no se trata, simplemente, de que, por ser forma de la vida humana, la materia de la Sociología haya reclamado expresión verbal de quienes la vivían: hay también multitud de otros objetos —objetos naturales, como los astros, las especies alimenticias, los meteoros, etc.—, que, habiendo ingresado en la experiencia vital de los hombres, fueron designados mediante denominaciones vulgares, que servirían luego de inicial punto de apoyo a la ciencia para su tratamiento y conocimiento sistemático; y, en general, cabe decir que toda ciencia utiliza para elaborar sus tecnicismos ese estribo de los nombres vulgares. Como expresa Durkheim, en una nota al pie de página, en sus *Reglas del método sociológico*, después de haber afirmado que lo importante no es redescubrir los hechos a los que se aplican las palabras de la lengua corriente y las ideas que traducen, sino constituir conceptos enteramente nuevos, apropiados a la naturaleza de la ciencia, y expresar-

los con el auxilio de una terminología especial que " en la práctica, se parte siempre del concepto y de la palabra vulgares. Lo que se pretende es descubrir si, entre las cosas indicadas confusamente por ese vocablo, hay algunas que presentan caracteres exteriores comunes. De haberlas, y coincidir, cuando no totalmente (lo que es raro), al menos en amplia medida, el concepto formado por la agrupación de los hechos aproximados con el concepto vulgar, se podrá continuar designando el primero con el nombre del segundo, y conservar en la ciencia la expresión propia de la lengua corriente. Pero si la diferencia es demasiado considerable, si la noción confunde una pluralidad de nociones distintas, se impone la creación de términos nuevos y especiales." Pero esto vale por igual para cualquier ciencia, y cuando Durkheim lo aplica a la construcción del método sociológico desconoce la especie singularísima de vinculación que existe entre los objetos de la experiencia social y la palabra con que en realidad es significada. En ciencias cuyo objeto es una entidad independiente de la existencia humana, las caracterizaciones del lenguaje vulgar expresan un conocimiento práctico que construye el concepto, según el sesgo de nuestra relación vital con ese objeto: es de esperar que la actitud científica, al enfocar ese mismo objeto, ajeno en sí al observador, con el propósito de descubrir su propia estructura y alcanzar su conocimiento esencial, se sienta embarazada, después de aquel auxilio inicial, por el sesgo práctico del concepto expresado en el término vulgar. Tomemos un ejemplo muy simple: el del agua; su concepto vulgar tiene como base un cuerpo compuesto que la ciencia química ha designado por la fórmula H_2O . Sin embargo, cuando la gente habla del agua no se refiere a ese compuesto; habla de agua potable, buena o mala, aludiendo a la experiencia de beberla; corriente o estancada, pluvial, de fuente o de pozo; dulce, salada, clara, turbia, fina, gruesa, cualidades todas que no rezan con el cuerpo químico H_2O . En realidad, nuestra experiencia práctica de H_2O no existe; y en nuestro concepto de agua entran diversas mezclas que tienen ese líquido por base, o por vehículo, (agua mineral, hacer aguas, agua de limón) e incluso cualquier líquido, aún cuando sea ajeno al compuesto H_2O (agua de rosas, agua de colonia, agua regia). Como la propia química puede tener que contar para sus manipulaciones con la realidad aludida bajo este concepto vulgar de agua, sería perturbador el que no dispusiera de algún término técnico para designar al cuerpo en su pu-

reza (como se lo permite hacer la fórmula citada). De igual manera, su punto de vista peculiar puede llevarla a aislar y denominar objetos que, por indiferentes a la experiencia práctica, carecen de nombre en el lenguaje vulgar (tal es el caso de muchas especies animales, de detalles anatómicos del hombre mismo, de cuerpos químicos), sin que sea raro tampoco que, ingresados esos objetos en la experiencia práctica con posterioridad a su conocimiento científico, se vulgarice el tecnicismo inventado para designarlos (como ocurrió, por ejemplo, con el bicarbonato de sodio). De cualquier manera, es el caso que, por una parte, se encuentra el objeto de conocimiento, completo y cabal en sí mismo, y por otra parte el sujeto conocedor, que se le acerca, toma contacto con él, y le pone nombre. El agua sigue corriendo sobre la tierra, desprendiéndose del cielo o agitándose en el mar, desde el principio de la creación, indiferente a los nombres que el ser humano quiera darle; y estos nombres pertenecen, en definitiva, no al objeto mismo, sino al concepto que de él tiene el hombre. Pero, en cambio no existe en sí y por sí un objeto al que puede llamársele Amistad, o Familia o Estado, o darles en vez de éste, cualquier otro nombre; sin que nuestra actitud hacia él modifique su realidad; porque la esencia de tales objetos consiste en significaciones intencionales que nosotros realizamos en nuestra humana existencia y a cuya realidad pertenece el nombre al que va prendida la significación correspondiente. En la relación sociológica denominada amistad no se puede encontrar otra cosa que la conducta y disposición recíproca de los amigos que de hecho viven esa relación y la están realizando actualmente. Desprendida de tales vivencias, no es ya una realidad, sino una abstracción mental; un objeto, sino su concepto. Si analizamos ahora el contenido de la conducta y recíproca disposición de los amigos que de hecho realizan ese nexo típico, descubriremos procesos psicológicos muy varios, y ello, tanto de unos casos para otros como, dentro del mismo caso, para momentos sucesivos: los amigos pueden mantener su relación en una actitud efusiva o discretamente reservada; pueden ejercitarla en el auxilio mutuo, en el juego, en intereses espirituales comunes, etc.; puede estar apoyada o sostenida en sentimientos de parentesco, en la afinidad temperamental o ideológica, en caracteres complementarios, etc.; los amigos pueden concordar o discutir; pueden, inclusive reñir, sin dejar por eso de ser amigos, antes bien, sobre el supuesto de su amistad, pues hay peleas

amistosas que no tendrían sentido alguno fuera de ese ámbito y que, no obstante, engendran estados psíquicos de intenso encono entre los participantes, poniéndolos a veces en el trance de renunciar a la difícil relación amistosa.

Precisamente en este caso, que puede aparecérsese a la conciencia con plena lucidez, se advierte cómo en la relación amistosa, realizada mediante procesos psicológicos de contenido tan mudable, hay un nexo típico cualificado por la significación intencional, que aún a los propios participantes —no ya a los espectadores— se les presenta en toda su objetividad como algo fijo y acuñado, dentro de cuya esencial estructura encaja la fluidez de conductas, sentimientos y estados de ánimo, constituyendo una situación definida. No basta con procesos psíquicos, tales o cuales, no basta la presencia de estas o aquellas disposiciones y conductas para que la amistad exista: hace falta que todo ello se organice bajo la representación actual de ese nexo típico al que llamamos "amistad". Por eso, aunque en la práctica vengan a entablarse y disolverse las relaciones amistosas con la mayor frecuencia de modo paulatino, es correcta la expresión: entablar amistad o romper la amistad, y se dan circunstancias exteriores que obligan a una de tales rupturas sin modificación de los sentimientos recíprocos: el matrimonio de una de las partes con una persona, cuyo trato esté vedado a la otra; la irrupción de un conflicto bélico o político que separe a los amigos en dos campos hostiles, creándoles deberes de lealtad que hagan ilegítimo el ulterior cultivo de la relación amistosa . . . Esta, pues, aún cuando realizada mediante procesos psicológicos, sólo se cumple cuando están agrupados bajo una determinada significación intencional, que hace de ellos un nexo típico. ¿Cómo, de no ser así, existirían los falsos amigos?: una amistad puede, incluso, llegar a ser simulada de ambas partes. Y, por otro lado, ¿qué significa un mal amigo, sino aquel que, aún teniendo las disposiciones psíquicas que corresponden a la amistad, no sirve las expectativas que a ella pertenecen? Pues, todos sabemos que, el considerarnos amigos de una persona y ser tenidos por tales nos obliga para con ella, objetivamente, a un comportamiento, cuyas normas derivan de la estructura esencial de la entidad sociológica "amistad". Así como el falso amigo finge con su conducta —esto es, adaptándose a las exigencias de la amistad— unos sentimientos que no tiene, el mal amigo es un amigo verdadero que, poseído de

amistad sincera y reconociendo sus deberes, falta a ellos por otras consideraciones. Pero esto —claro está— no podría ocurrir si la amistad consistiera en los nuevos sentimientos, y no en el reconocimiento de una significación objetiva, que mediante ellos, se realiza en un nexo típico.

Ahora bien: ese reconocimiento de un nexo típico, no podría darse en manera alguna sin un nombre, en el que se unificase objetivada, la significación intencional de las diversas experiencias. Los distintos elementos que entran a componer el nexo llamado amistad, son susceptibles de otras combinaciones y, de hecho, entran a jugar de otra manera en distintos complejos: amor, compadrazgo, aparcería, sociedad, correligión, magisterio, compañerismo, familia, etcétera, etc. Y más aún: en los hechos, esos diversos tipos de relación aparecen muchas veces confundidos. Sin una denominación que discerniera objetivamente su respectivo significado en condiciones de general inteligibilidad, no podrían alcanzar plenitud de existencia. Ha de pensarse que tienen ésta como un resultado de la creación humana; que son productos de cultura y que, por consiguiente, su realidad es histórica y su estructura está sometida a los cambios del tiempo. En el caso de la amistad, que hemos tomado por ejemplo, la supuesta persistencia inalterable de los sentimientos humanos, tal vez sugiera la idea de que ese nexo procede de la naturaleza y que donde quiera existan seres humanos existirá amistad, de modo tal que su nombre y su concepto no harían sino aludir a un objeto tan independiente, sino de la existencia material del hombre, cuando menos del espíritu humano, como puede serlo la anatomía del hombre mismo. Sin embargo, no es así: sin duda la simpatía que acerca a los seres, base de la comunidad amistosa, es un rasgo permanente de la naturaleza; no lo son menos la atracción sexual y los llamados instintos de la reproducción y, no obstante, el amor, fundado sobre la primera, es un hecho desconocido en la mayor parte de las culturas y que, allí donde se registra su presencia se advierte también su evolución histórica; mientras que por su parte, son enormemente variadas las formas de familia de que la sociología tiene conocimiento. De igual manera, la amistad es un complejo cultural sometido a las contingencias del tiempo histórico. Si en lugar de esta entidad sociológica tan simple y elemental hubiéramos elegido para referencia de nuestra argumentación un tipo desprendido de la experiencia comuni-

taria y, por eso, con mayores apariencias de artificialidad, como el Estado, o una institución jurídica particular, la evidencia de la tesis sustentada habría resaltado más: no siempre ha habido eso que llamamos Estado, o eso que llamamos hipoteca, o letra de cambio, y no podríamos imaginar su existencia sin una designación que unificara significativamente sus rasgos esenciales.

El nombre vulgar de las entidades sociológicas no es, pues, una mera aproximación de la mente que pretende captar un objeto implicado en la experiencia vital del sujeto; es algo más: es un momento esencial en la realidad de aquel objeto, un elemento que contribuye a constituir aquella entidad. Porque entendemos lo que es la "amistad" —o el "Estado", o la "letra de cambio"— y porque nos entendemos con nuestro prójimo acerca de la estructura objetiva de los correspondientes nexos típicos, somos capaces de darles realidad con nuestra propia vida. No estamos, por lo tanto, en presencia de una circunstancia más o menos ventajosa, explotable en la erección del edificio conceptual de nuestra disciplina, sino ante una consecuencia de la naturaleza peculiar de su objeto de conocimiento que, contra aquella presunción, ha de colocarnos frente a dificultades muy serias y, en parte, insuperables. Basta pensar que, de un lado, la sociología no tendrá nunca la posibilidad de separar por entero su terminología de las denominaciones empleadas por el lenguaje vulgar, pues sería tanto como perder contacto con su objeto de conocimiento; y por el otro lado, esas denominaciones vulgares serán siempre oscilante e imprecisas, como las entidades mismas designadas por ellas; pues, según se ha visto, son creaciones humanas, pertenecientes al mundo de la cultura, y evolucionan como tales en el tiempo histórico.

Esa ambigüedad de los términos vulgares que designan a las realidades sociales, y de los que no puede separarse mucho la Sociología sin perder contacto con su objeto de conocimiento, se manifiesta ya, por de pronto, en el concepto fundamental de sociedad, que presta base al nombre mismo de nuestra disciplina. La palabra sociedad alude a entidades sociológicas tan diversas como las contenidas en enunciados como los siguientes: la sociedad humana; la sociedad anónima X; la sociedad deportiva Z; la sociedad bonaerense; pertenecer a la sociedad; estar en sociedad; formar sociedad con Fulano . . .

Sus significados son tan diferentes como estos: 1) El con-

junto de todos los hombres, relacionados entre sí a) actualmente, b) potencialmente, c) en la Historia universal; y además, el hecho de la sociabilidad humana, en contraste con la cual se habla todavía de sociedades animales. 2) Un sector de esa totalidad (a saber, su sector más elevado: la "alta sociedad" o la "buena sociedad") a) tomado en su realidad, b) tomado en sus normas distintivas, c) tomado en el ejercicio actual de las mismas. 3) un nexo social concreto a) en su forma típica, b) en su realidad actual, a) constitutivo de una relación o b) de una institución.

Estas diversas acepciones con que, en el uso vulgar, es empleada la palabra "sociedad" no inducen a equivocaciones prácticas: todo el mundo percibe inmediatamente la significación diversa que ella tiene cuando se nos dice que una muchacha fué presentada en sociedad y cuando se nos dice que esa misma muchacha ingresó en la Sociedad de Amigos del Arte; que cierto joven abogado es un valioso miembro de la sociedad, o que constituye sociedad con otros dos colegas para el ejercicio de su profesión. Percibimos que se alude con ello a un hecho básico, muy general, cuyas matizaciones hacia significados más concretos se encuentran dadas en las implicaciones de sentido que residen en los diferentes contextos. Pero cuando ya no se trata de entenderse sobre tales objetos de experiencia para los fines prácticos, sino que nos proponemos conocerlos con rigor científico, aquella ambigüedad del término denominativo, que para nada entorpecía el uso vulgar, se nos convierte en un serio embarazo: la ciencia necesita operar con conceptos precisos, y distinguirlos mediante una terminología adecuada, capaz de expresar en abstracto —y por cierto, según la abstracción de la correspondiente disciplina científica— aquella realidad cuyo perfil aparece relleno y coloreado en el lenguaje corriente, donde suele surgir prendido a concretísimas individuaciones, en el vehículo de la experiencia vital. La Sociología necesita términos especiales que designen de manera inequívoca las realidades aludidas bajo cada una de aquellas diversas acepciones en que la palabra "sociedad" puede ser usada. Y lo que decimos de ésta puede ser dicho igualmente de todos los demás términos con que el lenguaje vulgar apunta hacia objetos que nuestra ciencia reconoce como propios: masa, comunidad, secta, asociación, pueblo, clase, etcétera, etc.

El ejemplo de la elaboración de sus conceptos que las ciencias naturales, tenidas por modelo de todo conocimiento científico, pro-

porcionan, puede estimular al intento de construir una terminología especial partiendo, —como propone Durkheim en el pasaje referido— de los nombres vulgares. Y, en efecto: con diversa fortuna y mayor o menor audacia, han tratado de hacerlo así todos los sociólogos. Hasta es posible que no haya otro camino, si en verdad se quiere tener una ciencia. Pero el resultado ha sido, lejos de aquella claridad y unicidad de sentido perseguidas, una tal confusión terminológica dentro del campo de nuestra disciplina, que, frente a ella resultan relativamente unívocos los ambiguos términos del lenguaje corriente: la misma palabra es aplicada por diversos autores a realidades sociológicas distintas y muchas veces de sentido opuesto; y más aún: ni siquiera es raro que un mismo autor preste un contenido conceptual contradictorio en diversas conexiones a un mismo término. El lego que penetre en la literatura sociológica ha de quedar desconcertado ante la jerigonza que en ella domina, y sentirá la necesidad de algo así como un gran diccionario que diera la definición de los conceptos acuñados por cada tratadista como contenido técnico de sus términos, y que tradujera éstos del lenguaje de cada uno al de los demás. Nos encontramos a inmensa distancia de lo que ocurre en las ciencias naturales, donde, tras una discusión mas o menos laboriosa, empeñada y a veces agria, suele llegarse a un acuerdo práctico sobre el término con que ha de ser denominado técnicamente un cierto objeto y sobre el valor significativo de tecnicismos tales, que, en todo caso, después de alguna vacilación, se generalizan y sirven a la esencial finalidad del lenguaje, sea vulgar o especializado: entenderse acerca de las cosas. Si no ocurre otro tanto en el campo de la Sociología ello no será imputable a incapacidad mayor o menor disciplina de quienes se dedican a su cultivo, sino a alguna dificultad inherente.

De hecho, esa particular dificultad estriba en que, para ella, las palabras tienen mucha más importancia, puesto que —como ya quedó señalado— son elemento constitutivo del objeto. En las ciencias naturales el objeto existe por sí mismo, indiferente al observador, y permanece inalterado, cualquiera que sea el nombre que se le dé: llámesele H. En Sociología, por el contrario, el nombre hace a la cosa. Por eso, la cuestión terminológica lleva envuelta la cuestión conceptual y, con ella, la de la esencia del objeto, sin que sea factible desligar el nombre como una mera designación exterior, ni tampoco adjudicarle al objeto una denominación con-

vencional y neutra como las que puedan dársele a los objetos materiales de la ciencia natural. Hacerlo, sería tanto como perder contacto con la realidad del objeto, falsificando la ciencia y privándola de sentido. De ahí que la terminología empleada por cada sociólogo sea personal y forme un sistema cerrado: con ella está dado, al mismo tiempo, su equipo de conceptos y su definición de las realidades que la ciencia ha de manejar. Ahora bien: ya hemos visto cuál es la índole de estas realidades; en consecuencia de esa peculiar índole, los conceptos mediante los cuales se pretende captarlas son construcciones intelectuales donde se tratan de perfilar los nexos significativos que, con el carácter de estructuras sociales típicas, se descubren en el continuo de la experiencia humana; perfilarlos, contraponiéndolos y organizándolos en un todo sistemático. Ahora bien: esa elaboración intelectual no cuenta con la base firme de un objeto independiente, que permanezca idéntico a sí mismo e indiferente al observador, y sobre cuyo testimonio mudo pueda éste volver una vez y otra para comprobar sus teorías; como vuelve el botánico sobre la realidad imposible de las especies vegetales cuyo conocimiento se propone, ensayando con sus datos las descripciones y clasificaciones de su ciencia. Los objetos de la Sociología son lecturas de la vida humana y participan de su fluidez histórica: por eso no le es factible a nuestra ciencia, ni darles rótulos convencionales, —pues pronto no habría cosa alguna bajo tales etiquetas, cuyo conjunto no tendría otro valor que el de una vacía logomaquia—, ni atribuirles, uno por uno y de modo rígido, los nombres usuales, apurando su significado para dotarlos de precisión científica, sin establecer correlaciones, de cuyo juego de referencia resulte el sistema. Es en este donde se organizan, perfilan y adquieren plenitud de sentido los términos a que la ciencia presta un cuño técnico, extrayéndoles del lenguaje corriente; pero las exigencias lógicas del sistema imponen, por su orientación de conjunto, un sesgo peculiar que separa los significados de las mismas palabras en las acuñaciones técnicas de diversos sociólogos y que, dentro del sistema de cada uno, los aleja del uso vulgar, —a pesar de hallarse éste tan ligado como hemos visto que lo está a la esencia del objeto. Basta considerar la divergencia con que ya la palabra "sociedad" es tecnificada por los cultivadores de la Sociología, para tener la evidencia del primer resultado; en cuanto al segundo, un simple ejemplo lo pondrá de relieve: supongamos que,

perfilando los conceptos capitales de la Sociología para darles precisión científica, convenimos en dar el nombre de "sociedad" al conjunto y al hecho general de la sociabilidad, reservando el de "asociación" a los nexos sociológicos constituídos para el cumplimiento de un fin racional concreto, —en contraste, acaso, con el término "comunidad", adjudicado a los nexos sociológicos constituídos por vínculos afectivos sin finalidad particular—. Es claro que, según esta terminología caerían dentro del tipo de la asociación tanto un partido político como una empresa comercial formada por varios participantes; pero esta última es denominada usualmente "sociedad" (anónima, en comandita, etc.), y ha de sonar en todos los oídos como impropio el aplicarle el nombre de asociación. De otra parte, sus notas típicas encajan mal en la llamada asociación deportiva, donde, en verdad, suelen predominar los caracteres institucionales sobre los vínculos contractuales...

Dadas, pues, las condiciones que concurren en los conceptos que nuestra disciplina debe manipular, su determinación presenta dificultades ímprobables. A ellas hay que añadir todavía las que derivan de su número, en principio infinito, y de su inagotable variedad. El ámbito de los conceptos sociológicos no se va ensanchando como ocurre con otras ciencias según la exigencia del conocimiento; están ahí, en la experiencia común, ofreciendo su perfil más o menos tosco, y se extienden hasta allí mismo donde alcanza la actividad social del hombre; puesto que ésta abarca la totalidad de la existencia humana, el mundo entero de la cultura, puede bien decirse que no hay nada en él que carezca de relevancia sociológica y que, por consiguiente, sea refractario a la elaboración por parte de nuestra ciencia. Así, hemos podido presenciar como se multiplicaban de manera asombrosa las ramas de la Sociología, y proliferaban estudios monográficos donde los más heterogéneos temas eran sometidos a enfoque sociológico: las posibilidades parecen aquí, en efecto, inextinguibles, resultado claro de aquella doble condición de lo social, en cuanto no sólo constituye un particular tipo de objetivación espiritual, sino también, al mismo tiempo, el encuadre de todas las demás objetivaciones: no hay nada en el terreno de lo humano que no consienta tratamiento sociológico. Pero si nos dejamos arrastrar por la fuerza de esta comprobación y ampliamos los márgenes de nuestra disciplina hasta incluir en su seno como objeto propio el mundo todo de la cul-

tura, habremos caído en el enciclopedismo y, con ello, la habremos hecho estéril, atribuyéndole una tarea de todo punto insuperable, al par que absorbía a las demás ciencias de la cultura, o por lo menos, a las que ha llamado Freyer ciencias de la realidad. Renunciar, por otro lado, a esa riqueza de materiales, y reducir la misión de la Sociología al conocimiento y fijación de las formas sociales en cuanto tipo concreto de objetivación del espíritu, según postula el formalismo de Simmel y Wiese, es tanto como retroceder ante el problema, sometiendo el objeto a una simplificación ilegítima.

Nuestro deseo de elaborarlo científicamente sin violentar para ello su esencia sólo podrá ser llevado a cabo mediante un esfuerzo por dar a los materiales de la experiencia humana un encuadre adecuado, ordenándolos según su relativa importancia dentro del conjunto. Si tomamos indiscriminadamente un montón de tales materiales que, a primera vista, nos muestren su cara sociológica: el contrato de locación, el Estado, la guerra, la monarquía, la sociedad deportiva, el saludo, —descubriremos entre ellos diferencias que no se refieren tanto a la magnitud de los hechos agrupados en cada uno de los plexos significativos, como en su referencia funcional al conjunto de aquella experiencia. Conviene observar ahora que si esto se advierte desde el ángulo social, otro tanto puede señalarse desde el ángulo individual de la formación educativa, la que, a su turno, abarca también el campo todo de la cultura, sin que nada humano quede fuera de su alcance. Las mismas realidades consienten ser tomadas en su aspecto psicológico, puesto que no son otra cosa que actividad humana, operación de conciencias individuales. La divergencia está en el punto de vista adoptado, que toma al hombre, alternativamente, en su colectividad o en su singularidad.

LA POSICION METODOLOGICA TRADICIONAL EN SOCIOLOGIA

Una ojeada sobre el panorama histórico de la disciplina muestra sin lugar a dudas que la inmensa mayoría de los esfuerzos cumplidos hasta ahora por la Sociología se han llevado a cabo, de una u otra manera, bajo los supuestos de la ciencia natural. Y esto sería una razón adicional —suficiente si no hubiera, como hay, otras de mayor peso— para discutir de nuevo el problema, incluyendo aquellos supuestos como punto de partida de la polémica. Pues, pese a todo, siguen siendo el suelo sobre que reposa el torso de la disciplina, y un suelo hasta cierto punto firme: sus fallas son demasiado notorias para que nadie las desconozca; domina ya la convicción de que es insatisfactoria su base; más aún, de que se encuentra en definitiva quiebra. Pero, por otra parte, falta un nuevo solar, un sistema sólido, congruente, obvio, sobre cuyo plano replantar la Sociología; de modo que, incontrovertible la crítica, toda propuesta que a continuación se formule adolece de peligrosa endeblez y queda expuesta a su vez a críticas inmediatas y no menos eficaces.

Sin embargo, no otro camino es posible seguir. Obligados a tomar la situación tal cual se nos presenta, hay que operar sobre ella para transformarla. Resultaría insincera la aceptación —aún provisional— de principios y métodos derivados de una concepción del mundo ya desprovista de una incontrovertida vigencia sobre los espíritus, tanto más en un caso como el de la Sociología, en que se pretende alcanzar el conocimiento de uno de aquellos objetos cuyo enfoque tanto contribuirá a evidenciar su inconveniencia. Pero sería también insatisfactorio el emplazar ese conocimiento con un rigor demasiado celoso sobre el área de determinaciones metodológicas y principios ellos mismos cuestionables. La discusión acerca de los mismos es indispensable, no tanto para decidir por un acto individual del investigador acerca del método de su trabajo —casi siempre ocurre que éste sigue de hecho vías distintas a las propugnadas o dadas como programa—, como para mantener despierta la conciencia del problema agudo que, al fin

y al cabo, se encuentra en el fondo de aquellas investigaciones, y una fresca disposición para configurar la disciplina de modo que, libre de dogmatismo, admita en cualquier instante adaptaciones y correcciones, y consienta así una conexión de los esfuerzos de cada cual con los de otros cultivadores de la disciplina. Pues mientras no exista un consenso general en cuanto a los principios, cosa de todo punto ajena a la voluntad de individualidades, grupos y escuelas, ya que depende en un todo de la coyuntura histórico-cultural, vano será el intento de hacer prevalecer un punto de vista particular, y prudente la norma de no cerrarse en un sistema, la fidelidad excesiva al cual sólo podrá traducirse, cuando de veras se consiga, en un empobrecimiento innecesario.

Debemos, pues, dar comienzo a nuestro examen de las cuestiones de principio que la Sociología tiene planteadas, tomando como punto de arranque la postura tradicional que pretende deber asentarse sus conocimientos sobre el terreno teórico de las ciencias naturales y organizarse sus investigaciones según los métodos probados y generalmente practicados por éstas. La razón para hacerlo así es que dicha actitud, no solo se encuentra vinculada con la originaria conformación de la disciplina, sino que tiene en la actualidad paladines activos y numerosos, sobre todo en Norteamérica, donde la Sociología viene cultivándose con intensidad y, sobre todo, con mucha extensión. "A cada instante —escribe, en efecto, Clark Wissler en el prefacio al *Middletown* de Lynd—, oímos la admonición: el estudio de la sociedad debe hacerse objetivo. Si uno pregunta qué ha de entenderse por eso, lo remiten a las ciencias naturales y biológicas". Y esto acontece en una gran proporción, es claro, como resultado de la inercia mental, dado que el modelo de tales ciencias ha servido de prototipo durante toda la Edad moderna para todo conocimiento tenido por verdadero, vinculándose a sus principios y métodos la garantía de acierto en la obtención de la verdad; pero en alguna medida es también resultado de una toma de posición clara, estudiada y consciente respecto del tema. Por eso nuestra discusión debe adoptar por referencia, no las formulaciones clásicas de la tesis, tales como la de Comte, a cuya reseña dedicamos unos párrafos antes, y cuya perspectiva histórica les presta cierta ambigüedad, sino alguna obra reciente que pueda ser elegida como representativa de tal dirección, al ofrecer sus postulados y argumentos de modo característico, resuelto y conse-

cuenta, apareciendo así como formulación, a la vez aguda y actual de la tesis cuestionada.

Pues bien: la defensa más cerrada de la concepción de la Sociología como una ciencia natural está representada, hoy por hoy, en el libro *Social Research* de Lundberg. Ya en el prefacio de su primera edición (1929) se sientan las siguientes características afirmaciones: "El avance de la ciencia física ha dependido capitalmente del refinamiento de la técnica e instrumentos de observación y descripción. En la ciencia social esa técnica y esos instrumentos están hasta ahora muy poco desenvueltos. Hay un gran número de tratados sobre 'Principios' de Sociología, Economía y Ciencia política. Como hipótesis, esos principios son de incuestionable valor. Pero la esperanza de avance de las ciencias sociales reside en la comprobación de esos principios por una paciente acumulación de datos observados, científicamente clasificados y generalizados". En estas palabras se encuentra expresada, con el tono de las cosas obvias, la convicción de que sólo existe una posibilidad de conocimiento científico, y de que éste se halla indisolublemente unido a los métodos de observación empírica empleados por la ciencia física: "Los científicos sociales —dice Lundberg— han llegado a la creencia de que los problemas que enfrentan, si han de resolverse, será por una juiciosa y sistemática observación, verificación, clasificación e interpretación de fenómenos sociales . . . Las técnicas y consideraciones especiales que se han hallado más prácticas en la aplicación de ese método a la conducta social son los principales temas de este libro".

No encontraremos en él, por supuesto, ninguna discusión a fondo sobre cuestiones de teoría del conocimiento, ninguna duda metodológica, ningún examen acerca de la naturaleza del objeto de la ciencia social. Sólo la tesis de que "el intento de definir la ciencia en términos de su objeto no produce sino confusión", tesis apoyada sobre una cita de Karl Pearson en el sentido de que el método científico sería uno y el mismo en todas las ramas. En consecuencia, la unidad de toda la ciencia consistiría en su método, no en su material. Sólo la utilización de un determinado método, cuya aplicabilidad universal se postula dogmáticamente, vendría a constituir la ciencia; de este modo, la validez del conocimiento, en todo y por todo, quedaría reducida a depender de unos determinados procedimientos, y el criterio de la verdad supeditado a una

instrumentación capaz de afinar mecánicamente las posibilidades contenidas en nuestros sentidos . . . Difícil será no reconocer en semejante actitud un residuo del cientificismo, en el matiz que prevaleció —y tuvo su justificación cultural— durante una parte del siglo XIX, pero que ahora, simplificado, extremado en el aspecto empírico y aplicado a objetos sociales, aparece más que cuestionable. “El término ciencia —escribe Lundberg— ha sido usado en este libro para designar el método o procedimiento que es hoy aceptado como método de la ciencia natural”, método que, según sus posiciones de principio, sería el único científico, y que él ha tratado de defender con argumentos de una inconsciente filosofía materialista, tales como los siguientes: “Mientras que la práctica de imputar motivos éticos e ‘intelectuales’ a las reacciones del resto del mundo animal ha sido abandonada hace algún tiempo, todavía persiste respecto al hombre”. “Los descubrimientos de la ciencia son *per se* ajenos a la ética. No es cuenta de un químico que inventa un alto explosivo el influenciarse en su tarea en cuanto científico por consideraciones como la de si su producción será empleada para saltar catedrales o construir túneles bajo las montañas. No es cuenta de un científico social, llegando a las leyes de la conducta de grupo, permitirse el ser influido por . . . los efectos que sus descubrimientos tendrán en el orden social. Para su propósito como científico la ciencia será un fin en sí. Como ser humano, el científico puede mirar propiamente los resultados sociales de sus conclusiones”.

En estos distingos, sin embargo, adquiere relieve, por efecto de las propias manipulaciones de su autor, el carácter inconsistente de tal posición. Pues claro está que si deben abandonarse en una consideración científica los motivos éticos e intelectuales de la conducta humana, si “los descubrimientos de la ciencia son *per se* ajenos a la ética”, la consecuencia no será otra que la de la imposibilidad de un conocimiento científico del orden social. La ciencia tendría que declararse ciega para todo un sector de la realidad: el sector de la ética y del intelecto. Y como quiera que el cogollo de los fenómenos sociales contiene sin duda alguna elementos de ese sector de la realidad —y por cierto, elementos capitales— se seguiría de ahí la substracción esencial de fenómenos tales a un conocimiento científico. Queda, claro está, la salida de negar realidad, a ese sector, considerándolo como simple construcción ilu-

soria que un verdadero conocimiento reducirá siempre a sus términos materiales de "reacciones"; y esa parece ser la solución implícita en la filosofía materialista insinuada por Lundberg. Pero, al mismo tiempo reconoce —ya lo hemos visto— el derecho que el científico tiene, en cuanto ser humano, a contemplar los resultados sociales de sus conclusiones, exigiéndole tan sólo que tenga conciencia de "cuando trata con lo que es, y cuando con lo que debe ser"; admite, pues, con ello, la existencia de actitudes propias del hombre, en cuanto ser humano (en curioso contraste con sus actitudes en cuanto científico); caracterizadas por la orientación valorativa, que niega, en cambio, a la ciencia. Y como quiera que esas actitudes del hombre en cuanto ser humano son precisamente las que constituyen el mundo de la cultura, prestando su sentido esencial a los fenómenos sociales, una lógica rigurosa obligaría a concluir que tales fenómenos están por esencia excluidos del conocimiento científico.

"La mayoría de las objeciones contra la idea de una o unas ciencias sociales exactas —afirma Lundberg— viene de la opinión de que hay ciertas diferencias inherentes en los datos físicos y sociales, que perjudican o invalidan ampliamente el empleo del método científico en el estudio de los fenómenos sociales. Esta objeción... refleja la arraigada convicción... de que la ciencia es una cuestión de objeto, antes que de método". Tal convicción, aunque contradicha, no está en modo alguno impugnada por sus razonamientos, según acabamos de ver, sino más bien al contrario. Pues si se le niega a la ciencia aptitud para conocer las realidades éticas e intelectuales o, en general, la conducta humana orientada en valores, esta conducta, en cuanto objeto de conocimiento, deberá ser captada por otros métodos distintos, y conformes a la naturaleza del objeto, aún a riesgo de que le sea disputado el carácter de científico al conocimiento alcanzado en ellos, puesto que se pretende que no hay otra ciencia sino aquella garantizada por el método de la ciencia natural... Mas, ni siquiera esta afirmación de principio es sostenida consecuentemente por Lundberg. Al final, viene a hablarnos de que "ese no es, claro está, el único tipo útil de acumulación sistemática de conocimiento", refiriéndose como caso variante, a las llamadas ciencias descriptivas (Geografía e Historia), que averiguan y establecen "eventos o secuencias específicamente espaciales o temporales". Reconoce, pues, la peculiaridad

singularizadora (frente a la generalización científico-natural) del método histórico, que se maneja con datos únicos. Pero, obsesionado con el modelo de la ciencia natural, cree que tiende a acercarse al método de ésta en la labor de los historiadores comparativos.

Al final de esta compulsación volvemos a encontrarnos, ahora como resultado de ella, con la situación misma que hubimos de considerar de antemano: estamos en presencia de una realidad irreductible, que escapa a las posibilidades del conocimiento ordenado según los principios y métodos a que las ciencias naturales se atienen, y cuya existencia se nos impone irrefragablemente, planteándonos el problema de su captación cognoscitiva, sin que la ciencia natural que la expulsa de su campo sea, por ello capaz de aniquilarla. Es, justamente la realidad del espíritu. Y cuando vemos al autor examinado empeñarse en escindir al sujeto de conocimiento en una mente aplicada a averiguar y registrar las regularidades causales manifiestas en el objeto, por una parte, y por otra en un ser humano capaz de considerar fines en relación con el mismo, no podemos eludir la reflexión de que ese mismo sujeto de conocimiento forma parte, con la integridad de su ser, del objeto estudiado, y que este objeto contiene, como uno de sus momentos esenciales, la aspiración hacia fines y la conducta inspirada por ellos. Si tal momento es eliminado del plan cognoscitivo, el conocimiento que pueda alcanzarse será por fuerza deficiente siempre, y sólo captará partes inesenciales del objeto. Lo que nada dice, por supuesto, en contra de su posible utilidad.

En definitiva: los métodos científico-naturales, aplicados al objeto de la Sociología, son capaces de rendir frutos utilizables, incluso preciosos; pero fragmentarios siempre y, por ende, incapaces de satisfacer las expectativas vinculadas a esa disciplina. Todos los intentos parciales que puedan llevarse a cabo para iluminar algún sector de la realidad social serán, desde luego, bien venidos a enriquecer el acervo de conocimientos acumulados bajo el rótulo de nuestra disciplina; pero si ha de adquirirse un saber substancial acerca de la realidad de su objeto, eso no podrá obtenerse sin practicar un enfoque plenario, capaz de abarcarlo en su integridad para ceñir su núcleo esencial. Así lo percibió ya Augusto Comte, a pesar del científicismo naturalista que prevalecía en su tiempo como norma de cultura, como se puede apreciar, por ejemplo, en estas admirables frases: "Un aforismo esencialmente empírico, convertido

con ineptia por los metafísicos modernos en dogma lógico absoluto e indefinido, prescribe, en todo objeto posible, proceder constantemente de lo simple a lo compuesto: pero no hay en el fondo otra razón sólida para ello sino la de que tal marcha conviene, en efecto, a la naturaleza de las ciencias inorgánicas, que, por su desarrollo más simple y más rápido, y por su perfección superior, han debido inevitablemente servir hasta ahora de tipo esencial a los preceptos de la lógica universal. Sin embargo, no se concebiría en realidad a este respecto otra necesidad lógica verdaderamente común a todas las especulaciones posibles sino la evidente obligación de ir siempre de lo conocido a lo desconocido . . . que por sí misma no impone ninguna preferencia constante. Pero es claro que esta regla espontánea prescribe tanto proceder de lo compuesto a lo simple como de lo simple a lo compuesto, según que, por la naturaleza del objeto, lo uno sea mejor conocido y más inmediatamente accesible que lo otro. Ahora bien, existe necesariamente desde este punto de vista una diferencia fundamental, que no puede eludirse, entre el conjunto de la filosofía inorgánica y el de la filosofía orgánica. Pues, en la primera . . . se trata de explorar un sistema cuyos elementos son casi siempre más conocidos que el conjunto, y hasta de ordinario los únicos directamente apreciables . . . En la segunda, por el contrario, en que el hombre o la sociedad constituye el objeto principal, la marcha opuesta llega a ser por lo común la única racional en verdad, por otra consecuencia necesaria del mismo principio lógico, ya que el conjunto del objeto es entonces mucho mejor conocido sin duda y más inmediatamente abordable que las diversas partes que después se distinguirán en él . . . La sociología no es, pues, la única ciencia en que la necesidad de proceder habitualmente del conjunto a las partes se hace preponderante; también, y por motivos esenciales análogos, la biología" (en la que debe incluirse, por supuesto, la psicología, que no tiene puesto especial substantivo en la clasificación comtiana de las ciencias).

Estas consideraciones metodológicas —cuya perspicacia en verdad genial contrasta con la miopía de quienes se obstinan en la postura representada por Lundberg— son las que condujeron a Comte a configurar su nueva ciencia con una filosofía de la Historia, incurriendo con ello en el reproche que se le hizo de dejar incumplido en su construcción el programa positivista. Es lo cierto que el fundador de la Sociología quiso montar esta disciplina sobre la

observación de las grandes regularidades de la Historia, sin haberse hecho cuestión antes del carácter de ésta y de su relación estructural con el presente; es decir, en último extremo, con el sujeto de conocimiento. Habiendo descubierto que la investigación desde lo más simple a lo más complejo no es procedimiento que convenga a la materia sociológica, toma como punto de partida el conjunto del objeto, la historia de la Humanidad, tratándola como un todo objetivamente dado, de cuya realidad cabe extraer los rasgos generales útiles al conocimiento científico. Pero esa objetividad de lo históricamente acontecido es entendida por él, en analogía con la objetividad naturalística, a la manera de una completa independencia respecto del sujeto, como un existir la cosa en sí misma con soberana indiferencia para todo lo que no sea su propio ser, al que el conocimiento se afana por alcanzar una aproximación. Sin embargo —luego hemos de verlo con mayor detenimiento— las realidades históricas pertenecen a un orden de objetos en cuya estructura entra a constituir un momento esencial la voluntad formativa del sujeto, de tal modo que su conocimiento científico requiere incluir y justipreciar dicho elemento, a falta de lo cual la pretendida objetividad del proceso histórico universal es ficticia, y la ordenación de su conjunto no puede dar lugar sino a una filosofía de la Historia. El reproche dirigido a Comte no deja de estar, pues, desde este punto de vista, justificado, aunque hubiera debido dirigirse, no en el sentido de la omisión de procedimientos empíricos, sino más bien en el de no haber profundizado la investigación de las condiciones del objeto propio de la Sociología por el camino entrevisto con tanta sagacidad, poniendo al descubierto la naturaleza del material histórico y deduciendo de ella, tanto las condiciones de su modo de objetividad como, según ésta, la ordenación sistemática y los rasgos generales capaces de encuadrar el conocimiento perseguido.

Semejante profundización es la que ha tratado de efectuarse de muy diversos modos, tanto en las discusiones metodológicas de que tan copioso registro ofrece la historia de la Sociología, como en otros campos del conocimiento, alrededor de objetos concomitantes a los suyos, y cuyas condiciones, por consiguiente, tampoco parecen ajustarse al ideal cognoscitivo de las ciencias naturales. Todas esas disquisiciones, tomadas en bloque, sirven de base a la presente consideración del problema.

Vida del Colegio

EL SECRETARIO DEL COLEGIO EN LOS ESTADOS UNIDOS

El 28 de junio partió para los Estados Unidos de Norte América, especialmente invitado por diversas instituciones de ese país, el secretario del Colegio, señor Luis Reissig.

Mueve al señor Reissig el propósito de estudiar sobre el terreno la educación popular destinada a la elevación espiritual de obreros y campesinos y en general, de los adultos de las grandes ciudades.

Para ello el señor Reissig visitará diversas regiones de la Unión a fin de informarse de las diferencias entre los sistemas de educación en los distintos ambientes y medios.

Asimismo, aprovechará su permanencia en el país del norte para vincular al Colegio Libre de Estudios Superiores con los centros culturales y universitarios que visitará y pronunciar algunas conferencias, especialmente sobre temas de educación.

DISTINCION A UN MIEMBRO DE NUESTRO DIRECTORIO

El profesor Francisco Romero ha sido designado miembro honorario extranjero de la American Academy of Arts and Sciences.

En su última asamblea anual, celebrada en Boston el 30 de abril de este año, la American Academy of Arts and Sciences designó miembro honorario extranjero a Don Francisco Romero, profesor en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, miembro del Consejo Directivo de este Colegio y Secretario de la Cátedra Alejandro Korn.

Fundada en 1780, la nombrada Academia es una de las más prestigiosas asociaciones científicas del mundo, y la segunda en antigüedad entre las de su género en los Estados Unidos; en ésta su 166.ª asamblea anual, además de renovar sus autoridades, eligió a 35 nuevos miembros de número norteamericanos, distribuidos en las cuatro sec-

ciones de la Academia: ciencias físicas y matemáticas, ciencias naturales y fisiológicas, artes sociales y humanidades. Los miembros honorarios extranjeros designados fueron siete, recayendo la distinción, además de nuestro compañero, en las siguientes personalidades: Jan Hendrik Oort, director del Observatorio de Leiden, Holanda; Bertil Lindblad, director del Observatorio de Estocolmo, Suecia; Clarence Decatur Howe, ministro del gobierno del Canadá; Rudolf Florin, profesor y director del Hortus Bergianus, Estocolmo; Winston Churchill, Londres, y William George Constable, conservador del Museo de Bellas Artes de Boston.

Por sus estatutos, la American Academy of Arts and Sciences no puede tener más de 800 miembros de número y de 130 miembros honorarios extranjeros. En la Argentina poseían ya esta distinción los Doctores Alfredo L. Palacios, Bernardo A. Houssay, Lorenzo R. Parodi y Amado Alonso.

CURSOS Y CONFERENCIAS DE JUNIO

Silvio Frondizi: Estado actual del problema político. Seminario. Los lunes y viernes a las 18 y 30.

Sara Kurlat de Lajmanovich: Curso experimental de inglés básico. Los martes y jueves a las 18 y 10.

Pablo de Rokha: El arte, el hombre y la sociedad. Los días 5, 6 y 7 de junio.

Francisco Romero: Introducción a Leibniz. El viernes 7, a las 19.

Ernesto Galloni: Curso sobre fisiones nucleares. Los martes 11 y 18 a las 19.

Ricardo Baeza: Enrique Heine y el mundo actual. El miércoles 12, a las 19.

Eugenio Pucciarelli: La libertad en la metafísica de Leibniz. El jueves 13 a las 19.

Ariel Maudet: La poesía de Anna de Noailles. El viernes 14 a las 19.

Gino Germani: Bosquejo de una psicología social para una época de crisis. Los lunes y viernes a las 19. Desde el 17.

María Hortensia Lacau: El modernismo en la Argentina antes de Rubén Darío. El martes 18, a las 19.

Rodolfo Puiggrós: Mariano Moreno. Los días lunes 24 y viernes 28 a las 19.

Renata Donghi Halperín: Comentario de "La vita nova". El martes 25 a las 19.

Cecilia Mossin Kotin: Fisiones nucleares. El martes 25 a las 19.

Mabel Manacorda: El modernismo en la Argentina antes de Rubén Darío. El miércoles 26 a las 19.

Vicente Fatone: Leibniz y el problema religioso. El jueves 27 a las 19.

LOS LIBROS

LA CRISIS POLITICA ARGENTINA. — Ensayo de interpretación ideológica, por Silvio Frondizi, 52 páginas.

Este nuevo trabajo del profesor Frondizi es un estudio sumamente interesante y fecundo de nuestra realidad política actual. Es el primer trabajo en que se aborda con criterio ideológico la situación del país en los últimos cincuenta años, sin que el análisis sea perturbado por la posición aparente de las fuerzas políticas que han intervenido en el proceso, ni por una militancia personal dentro de ellas.

De nuevo aquí el método seguido por el autor —desarrollo histórico y fundamentación filosófica— es uno de los aspectos más valiosos del trabajo, que aparece no como algo aislado y circunstancial sino siguiendo una línea e integrando una obra que puede alcanzar significación sistemática. El pensamiento está expuesto con claridad conceptual y rigor lógico, lo que da al razonamiento firmeza y validez, y permite al lector seguirlo con facilidad, aún cuando, por tratarse de un trabajo ágil —ágil, no liviano— expone a veces únicamente las conclusiones a que ha llegado. El mismo autor anuncia que tiene en preparación un trabajo más completo sobre el tema. En este breve y denso ensayo están estudiadas las cuestiones que han apasionado y dividido al país recientemente. Con gran agudeza está hecho el estudio de la desintegración de las fuerzas políticas tradicionales, el del fenómeno social actual (peronismo) y su papel como agente evolutivo de las fuerzas que llegaron al poder con la revolución del 4 de junio; el de la intervención no siempre visible de ciertas potencias económicas de gravitación internacional. Se alude concretamente a los errores de táctica política —errores que comprometen la posición ideológica— cometidos por las fuerzas progresistas y en especial las de extrema izquierda. Destaca y aclara el sentido solapado de la preponderancia del ejército en la vida nacional a partir de 1930. Señala que “cada período histórico tiene una misión que cumplir; la del presente es resolver el problema político, factor primario de todo desarrollo cultural”.

Entre los mejores aciertos de la obra está el de destacar que “en períodos catastróficos de la historia de un país, la mentalidad revo-

lucionaria —hombre o partido— lleva todas las de ganar sobre la mentalidad evolutiva y legalista". Esto puede servir de clave para explicar el proceso político-electoral reciente de nuestro país.

A través de este estudio del profesor Frondizi se comprende hasta qué punto el planteo de la situación argentina y las soluciones que se propongan no pueden ser aisladas del cuadro político-económico mundial. Y se evidencia el error en que incurren los que pretenden hallar soluciones de fronteras adentro. Al mismo tiempo queda destacada cuán necesaria es la presencia constante de una dirección ideológica en los partidos políticos, para evitar las desviaciones que comprometen el progreso social del país.

De la lectura meditada de trabajos como éste puede surgir en los dirigentes de las fuerzas políticas la madurez mental necesaria para superar la etapa del comité. Al mismo tiempo, estas obras contribuyen a elevar el nivel de esclarecimiento ideológico en el pueblo, y crear así a los partidos la necesidad de elaborar idearios acordes con las necesidades sociales.

Como corolario de este ensayo la solución propuesta, resultado de una posición objetiva y un estudio serio, nos parece la única acorde con el desarrollo histórico, y debe ser seriamente considerada por todos los que sientan la necesidad de superar la caótica situación política que el país vive actualmente.

H. R. M. Tate.

Información General

JOAQUIN XIRAU

Ha dejado de existir en México, en el destierro, quien fué Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona: el doctor Joaquín Xirau. La noticia es breve; su significación, considerable. Joaquín Xirau era realmente lo que pocos han sido y son: un auténtico filósofo. Acaso por este motivo no había alcanzado aún el puesto señero que le correspondía ocupar —el que, sin duda, ocupará muy pronto— en el pensamiento contemporáneo.

La muerte de Joaquín Xirau es para todos nosotros a la vez dolorosa y catastrófica. Porque es un error creer que los hombres son sustituíbles. Los hombres son, en verdad, como las mónadas de Leibniz, una visión original y única del Universo. Si la muerte de cada uno de los hombres nos disminuye, pues, un poco, esa disminución es enorme cuando la visión original y única del Universo ha sido, además, potenciada por la conciencia, como en el caso de quien, como Joaquín Xirau, no solamente ha sido un profesor de filosofía, sino que ha poseído él mismo, y en una proporción mucho mayor de la que suele creerse, una filosofía.

Quien ha sido, como el que escribe estas líneas, discípulo de Joaquín Xirau, podría decir de él muchas cosas. Podría hablar de su bondad, de su entusiasmo, de su simpatía —todas ellas puras e inagotables. Podría hablar de su ingente labor para elevar a la Universidad de Barcelona al rango de las mejores Universidades europeas. Podría hablar de todo esto y de muchas otras cosas... Pero el mejor homenaje que puede hacerse a un filósofo no es hablar de él, sino —por atropelladamente que sea— de su filosofía. Y ello más aún cuando su filosofía no ha sido una realidad meramente sobrepuesta a la vida, sino, como lo es todo auténtico pensamiento filosófico, la más cabal expresión de la vida. Joaquín Xirau era lo que ha sido su filosofía —una filosofía que había alcanzado en los últimos tiempos, tras

una meditación constante y cautelosa, una madurez incomparable. Y ésta ha sido lo que fué su vida, porque la filosofía de Joaquín Xirau había sido tejida con el hilo de sus propias experiencias vitales, y la rigurosa expresión técnica que en todo momento la caracteriza no era sino el resultado de la doble exigencia de toda filosofía verdadera, la cual ha de ser estrictamente rigurosa, pero también absolutamente auténtica.

La filosofía de Xirau podría compendiarse provisionalmente con una sola palabra: idealismo. Pero si así lo hiciéramos y no agregáramos nada más, podría parecer que pretendemos situar a Xirau dentro de una de las clásicas posiciones de la filosofía; más aún, dentro de una de las grandes corrientes de la filosofía moderna. Idealismo significa sin embargo, en el caso de nuestro filósofo, algo muy distinto. No es, ante todo, el idealismo de la filosofía crítica y cerrada, sino el idealismo, eternamente vivo, de aquella filosofía esencialmente confiada y abierta. Una ascendencia platónica no podría, pues, negarse a la filosofía de nuestro maestro. Pero el platonismo es, sin duda, insuficiente, porque, cuando se descuidan sus fundamentos verdaderos, acaba desembocando en un nudo y áspero intelectualismo. Ahora bien, la filosofía de Joaquín Xirau es cualquier cosa menos intelectualista. No porque niegue la potencia de la razón y del intelecto, sino porque cree firmemente que el reino del ser, que la razón y el intelecto aprehenden, se hallan siempre mucho más acá del Bien que la emoción realiza: Como en Platón, pues, también en Xirau podría decirse que el Bien se encuentra *επέκεινα* *της* *ουσίας*. Pero si así sucede, es porque el ser no es ni mucho menos la rígida entidad de que los filósofos largamente nos hablan. En este sentido, la posición de Joaquín Xirau es terminante e inequívoca: el ser no es nunca, como técnicamente suele decirse, ni "en sí" ni "en otro"; el ser no es lo que es, sino lo que trasciende continuamente su propia realidad. El ser es, en suma, plena y total trascendencia. De ahí una concepción del ser que, medida con los patrones habituales, puede parecer osada, pero que, vista desde el ángulo de un emocionalismo que no rechaza ni la razón ni el intelecto, puede llegar a ser comprensible y fecunda. Para Joaquín Xirau, en efecto, el ser no es, por decirlo así, "objetivo" sino en la medida en que es contemplado como algo externo a sí misma, como una realidad *stricto sensu* desarrollada. Mirado desde dentro, en cambio, el ser poseería un carácter esencialmente "subjetivo" y sería, en el sentido más preciso de la palabra, una persona.

Pero sería, naturalmente, erróneo creer que, en el curso de su meditación filosófica Joaquín Xirau ha hecho otra cosa que invertir el carácter tradicional de aquel *ens qua ens* de que se ocupa la *Ontologia generalis seu Metaphysica*. Si así fuera, la filosofía de Joaquín Xirau no sería más que un radical trastorno de la tradicional concepción ontológica. Lo que le otorga un carácter realmente original

es el hecho de que, para nuestro filósofo, tampoco la pura y simple subjetividad puede definir al ser concreto, pues éste es justamente el resultado de una confluencia entre las realidades subjetiva y objetiva. Como él mismo nos dice, en su libro capital, es "el arco sujeto-objeto la categoría suprema que hace posible la realidad dinámica del ser y del valor" (*Amor y Mundo*, p. 197). Así, el esfuerzo de todas las realidades hacia una personalización, hecha posible por medio del impulso amoroso, eje de todo movimiento ascendente, no significa, por cierto, que todas las realidades sean personales; quiere decir que la personalidad es la finalidad última de todo movimiento ontológico y que cualquier realidad puede ser comprensible sólo desde el punto de vista de la persona. Un "orden del amor", como el que había postulado Pascal y como el que en buena parte ha realizado Max Scheler, es, por consiguiente, la meta, acaso decisiva, de esta filosofía. Orden del amor cuya inspiración luliana es continuamente subrayada por el autor, el cual ha visto en Ramón Llull uno de los grandes adalides de una filosofía dispuesta a romper todos los marcos del intelectualismo, dispuesta a ser lo que la filosofía, según la concepción a la vez tradicional y vulgar, parece no poder ser: efusiva. Esta efusividad de su filosofía, tan armoniosamente acorde con la efusividad de su propia vida, nos indica, pues, una vez más hasta qué punto el pensamiento filosófico de Joaquín Xirau es auténtico. Es una autenticidad alcanzada por medio de una doble vía, porque, emergida de una raíz vital, regresa a esta raíz vital después de haber recorrido, como una renovadora savia, todas las ramas.

De la filosofía de Joaquín Xirau, así como de su vida, podrían decirse muchas otras cosas. Convendrá, por lo demás, decir las algún día. Convendrá, pues, hacer algún día con nuestro filósofo aquello que él recomendaba hacer con todas las cosas y, sobre todo, con todas las personas: "Sólo es posible llevar, decía, las personas a la plenitud de su ser y de su valor si nos colocamos ante ellas y las consideramos con intelecto de amor".

José Ferrater Mora.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

LUIS REISSIG:

Ver "Cursos y Conferencias", año VII, números 7-8, volumen XIV, octubre-noviembre de 1938.

RICARDO M. ORTIZ:

Ver "Cursos y Conferencias", año VIII, número 8, volumen XV, noviembre de 1939.

JORGE THENON:

Ver "Cursos y Conferencias", año IX, número 1, volumen XVI, abril de 1940.

HOMERO B. DE MAGALHAES:

Nació en 1908 en Sao Borja, Brasil. Cursó sus estudios en Brasil y en la Argentina, donde se recibió en la Facultad de Ciencias Económicas. Fué profesor interino de literatura brasileña en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de 1937 a 1943. Ha dictado cursos en el Colegio relativos a las vinculaciones económicas argentino-brasileñas. Secretario de la Cátedra de Estudios Brasileños del Colegio.

Publicaciones: "Intercambio Argentino-Brasileño", 1941, edición de la Cámara de Comercio Argentino-Brasileña, "Argentina-Brasil, sentido de sus relaciones económicas", ed. Losada, 1945.

FRANCISCO AYALA:

Nació en Granada (España), en 1906. Cursó estudios en las Universidades de Madrid y de Berlín, graduándose de doctor en Derecho en la Facultad de la Capital Española. Inició su labor literaria muy temprano, dándose a conocer con una novela que, publicada a los veinte años, fué muy bien acogida por la crítica. Incorporado desde entonces a los ambientes intelectuales de su país, participó en el movimiento de renovación literaria propulsado por su generación, apor-

tando a él varios escritos de imaginación, como por ejemplo, **Cazador en el alba**, y de crítica o ensayo como **Indagación del cinema**,

A1 mismo tiempo que desarrollaba esta actividad de creación literaria, continuaba cultivando en el campo universitario los estudios de Filosofía política, dentro de cuya especialidad produjo diversas monografías. En 1933 fué nombrado profesor auxiliar de Derecho Político de la Universidad de Madrid, y más tarde Catedrático numerario de la misma materia en la Universidad de La Laguna (Canarias). Ocupó luego otros cargos y durante la guerra desempeñó por breve tiempo un cargo diplomático. Actualmente reside en Buenos Aires, donde ha publicado varios libros y prepara un **Tratado de Sociología** del cual adelantamos dos capítulos en la presente revista.

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 31 DE OCTUBRE DE 1945

R E C U R S O S

	m\$n.	m\$n.	m\$n.
Bco. Popular Argentino - Cuenta Corriente		2.951.48	
Deudores Varios		433.25	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Custodia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	24.775.18

G A S T O S

Revista		465.—	
Boletines		35.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		585.—	
Comisión cobranza y viático		129.35	
Acreedores varios		587.43	
Valores en Custodia		24.80	2.263.58
Saldo a favor disponible			22.511.60
 Cuenta Becas:			
Estudios Económicos	14.621.90		
Bachill. de los Cien Autores	882.45	15.504.35	
 Cta. Fondo Pro Edificio Propio:			
Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45
		Superávit . .	1.021.15

Buenos Aires, octubre 31 de 1945.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

**RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y
GASTOS AL 30 DE NOVIEMBRE 1945**

R E C U R S O S

	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .
Bco. Popular Argentino - Cuen- ta Corriente		2.799.58	
Deudores Varios		508.25	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Cus- todia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	24.698.28

G A S T O S

Revista		450.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		585.—	
Comisión cobranza y viático		173.40	
Acreedores varios		642.84	
Valores en Custodia		104.80	
Varios		15.—	2.408.04

Saldo a favor disponible 22.290.24

Cuenta Becas:

Estudios Económicos	14.621.90		
Bachill. de los Cien Autores	882.45	15.504.35	

Cta. Fondo Pro Edificio Propio:

Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45

Superávit . . 799.79

Buenos Aires, noviembre 30 de 1945.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 31 DE DICIEMBRE DE 1945

R E C U R S O S

	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .
Bco. Popular Argentino - Cuenta Corriente		1.542.23	
Deudores Varios		558.25	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Custodia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	23.490.93

G A S T O S

Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		122.30	
Acreedores varios		695.50	
Valores en Custodia		24.80	
Varios		24.—	1.848.60
Saldo a favor disponible			21.642.33

Cuenta Becas:

Estudios Económicos	14.621.90		
Bachill. Cien Autores	882.45	15.504.35	

Cta. Fondo Pro Edificio Propio:

Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45

Superávit 151.88

Buenos Aires, diciembre 31 de 1945.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y
GASTOS AL 31 DE ENERO DE 1946

R E C U R S O S

	m\$n.	m\$n.	m\$n.
Bco. Popular Argentino - Cuen- ta Corriente		3.067.20	
Deudores Varios		475.48	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Cus- todia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	24.933.13

G A S T O S

Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		413.—	
Acreedores varios		776.17	
Valores en Custodia		24.80	2.195.97
Saldo a favor disponible			22.737.16
 Cuenta Becas:			
Estudios Económicos	14.621.90		
Bachillerato Cien Autores	882.45	15.504.35	
 Cta. Fondo Pro Edificio Propio:			
Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45
		Superávit	1.246.71

Buenos Aires, enero 31 de 1946.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 28 DE FEBRERO DE 1946

R E C U R S O S

	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .	m\$ <u>n</u> .
Bco. Popular Argentino - Cuen- ta Corriente		3.437.92	
Deudores Varios		525.48	
Bco. Popular Argentino - Títu- los en Custodia (Fondo Edi- ficio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Cus- todia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg.- Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	25.353.85

G A S T O S

Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		308.25	
Acreedores varios		835.77	
Valores en Custodia		24.80	
Varios		32.—	2.182.82
Saldo a favor disponible			23.171.03
 Cuenta Becas:			
Estudios Económicos	14.621.90		
Bachillerato Cien Autores .	882.45	15.504.35	
 Cta. Fondo Pro Edificio Propio:			
Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45
		Superávit	1.680.58

Buenos Aires, febrero 28 de 1946.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y
GASTOS AL 31 DE MARZO DE 1946

R E C U R S O S

	m\$ _n .	m\$ _n .	m\$ _n .
Bco. Popular Argentino - Cuenta Corriente		3.914.52	
Deudores Varios		525.48	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Custodia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	25.830.45

G A S T O S

Revista		583.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		199.40	
Acreedores varios		895.32	
Valores en Custodia		44.80	
Varios		35.—	2.739.52
Saldo a favor disponible			23.090.93
Cuenta Becas:			
Estudios Económicos	14.621.90		
Bachillerato Cien Autores .	882.45	15.504.35	
Cta. Fondo Pro Edificio Propio:			
Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45
		Superávit . .	1.600.48

Buenos Aires, marzo 31 de 1946.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 30 DE ABRIL DE 1946

R E C U R S O S

	m\$n.	m\$n.	m\$n.
Bco. Popular Argentino - Cuenta Corriente		4.652.52	
Deudores Varios		575.48	
Bco. Popular Argentino - Títulos en Custodia (Fondo Pro Edificio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Custodia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	26.618.45

G A S T O S

Revista		506.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		197.55	
Acreedores varios		955.81	
Valores en Custodia		104.80	
Varios		322.—	3.068.16
Saldo a favor disponible			23.550.29

Cuenta Becas:

Estudios Económicos	14.621.90		
Bachillerato Cien Autores .	882.45	15.504.35	

Cta. Fondo Pro Edificio Propio:

Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45

Superávit . . . 2.059.84

Buenos Aires, abril 30 de 1946.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILDI
Tesorero

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL 31 DE MAYO DE 1946

R E C U R S O S

	m\$n.	m\$n.	m\$n.
Bco. Popular Argentino - Cuen- ta Corriente		4.958.07	
Deudores Varios		575.48	
Bco. Popular Argentino - Títu- los en Custodia (Fondo Edifi- cio Propio)		5.986.10	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en Cus- todia (Becas)	14.513.90		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (Becas)	990.45	15.404.35	26.924.—

G A S T O S

Boletines		72.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		545.—	
Comisión cobranza y viático		213.85	
Acreedores varios		1.015.22	
Valores en Custodia		24.80	
Varios		8.—	2.315.87
Saldo a favor disponible			24.608.13
Cuenta Becas:			
Estudios Económicos	14.621.90		
Bachillerato Cien Autores . .	882.45	15.504.35	
Cta. Fondo Pro Edificio Propio:			
Fondo acumulado		5.986.10	21.490.45
		Superávit	3.117.68

Buenos Aires, mayo 31 de 1946.

JOSE T. LUENGO
Contador

JOSE A. GILLI
Tesorero